

Defensoría
del Pueblo
COLOMBIA



CRISÁLIDA

CRISÁLIDA

ISBN: 978-958-5117-26-6

DEFENSORÍA DEL PUEBLO

Carlos Alfonso Negret Mosquera
Defensor del Pueblo

José María Balcázar Castillo
Defensor Delegado para la Orientación y Asesoría de
las Víctimas del Conflicto Armado Interno

Coordinadores:

Jhon Byron Tamayo Vera (líder del proceso)
Elba Aurora Martínez Ocampo
Equipo de la Defensoría del Pueblo Regional Antioquia,
de la Delegada para la Orientación y Asesoría de las
Víctimas del Conflicto Armado Interno

Andrea del Pilar García Cojín
Profesional Especializado Defensoría Delegada para
la Orientación y Asesoría de las Víctimas del Conflicto
Armado Interno

Magda Marleny Cárdenas Suárez
Profesional Especializado Defensoría Delegada para los
Derechos de las Mujeres y Asuntos de Género

Dirección: Carrera 9 N.º 16-21 Bogotá – Colombia
Correo electrónico:
atencionciudadano@defensoria.gov.co
Código postal: 110231
Teléfono: [571] 314 7300
Bogotá D. C., 2020

Los contenidos de esta publicación (novela:
historia de ficción basada en hechos reales) son
responsabilidad de sus autores y no necesariamente
reflejan las opiniones de la Defensoría del Pueblo.

Novela con enfoque de resiliencia y resignificación de
la violencia.

Reservados todos los derechos. Esta obra gratuita
tiene protección de propiedad intelectual.

Autores:

Germán Esteban Gómez Velásquez
Benjamín Antonio Morales Morales «Mincho»
John Jairo Botero Pérez «Botero»
Conrado de Jesús Giraldo «Cololo»
José Rigoberto Giraldo Urrea «Burro»
Diego Fernando Díaz Buriticá «Maggi» o «Magola»
Dairon Puerta Fernández
Álvaro Alfonso Marín Pamplona
Luis Emilio Agudelo Quintana

Ilustración de la portada:

Leticia Amparo Buriticá

Ilustraciones 1 y 2:

Luisa Góngora

Diseño y diagramación:

Andrea Leal Villarreal

CRISÁLIDA



CONTENIDO

Prólogo 9

Agradecimientos 11

Crisálida

Capítulo 1. Lo oscuro de la crisálida 17

Capítulo 2. Sardino el capullo 29

Capítulo 3. La crisálida que se desvaneció en el río 37

Capítulo 4. Del capullo a la mariposa 47

Biografías 59

«Sardino» (Carlos Alberto Arboleda Garcés) 59

Germán Esteban Gómez Velásquez 66

«Mincho» (Benjamín Antonio Morales Morales) 68

«Botero» (John Jairo Botero Pérez) 72

«Cololo» (Conrado de Jesús Giraldo)	74
«Burro» (José Rigoberto Giraldo Urrea)	77
«Maggi» o «Magola» (Diego Fernando Díaz Buriticá)	79
Dairon Puerta Fernández	80
Leticia Amparo Buriticá.....	81

Ilustraciones	83
----------------------------	-----------

Glosario	91
-----------------------	-----------

Referencias	95
--------------------------	-----------

LISTA DE ILUSTRACIONES

Ilustración 1. San Rafael (Antioquia).....	12
Ilustración 2. Balneario de San Rafael (Antioquia).....	14
Ilustración 3. Localización de San Rafael en Antioquia y de Antioquia en Colombia.....	16
Ilustración 4. Sardino vestido de Caponera 1	83
Ilustración 5. Sardino vestido de Caponera 2.....	84
Ilustración 6. Sardino imitando a la cantante Celia Cruz.....	84
Ilustración 7. Sardino vestido con traje de baño de mujer para disfrutar con Botero de las aguas de El Bizcocho, en San Rafael (Antioquia)	85
Ilustración 8. Sardino con Claudia Elena Vásquez en las Fiestas del Río, San Rafael (Antioquia)	86
Ilustración 9. Sardino en Cartagena en el año 2000 con Catalina Acosta, Señorita Colombia, cuando le entregó la corona a Andrea Noceti	86
Ilustración 10. Sardino con Raimundo Angulo en el Concurso Nacional de Belleza en Cartagena	87

Ilustración 11. Sardino colaborando a la comunidad en un mejoramiento de vivienda a pesar de tener una pierna fracturada	87
Ilustración 12. Sardino vestido de colegiala en una vereda de San Rafael (Antioquia)	88
Ilustración 13. Sardino cuando era niño.....	88
Ilustración 14. Sardino llevando a los enfermos a misa de Semana Santa en San Rafael (Antioquia)	89
Ilustración 15. Mincho disfrutando su rímel.....	89
Ilustración 16. Sardino guiando su grupo de danza municipal en un concurso regional de belleza.....	90
Ilustración 17. Mural con tapas de gaseosa en San Rafael (Antioquia) realizado por Leticia Amparo Buriticá.....	90
Ilustración 18. Parte del colectivo LGBT Crisálida, en San Rafael (Antioquia)	90

PRÓLOGO

Desde la entrada en vigencia de la Ley 1448 de 2011 hasta el 1 de noviembre de 2019, la Unidad de Víctimas ha reconocido un total de 3608 personas con orientación sexual e identidad de género diversas como víctimas de la violencia por el conflicto armado interno. Sin embargo, más de 60 mil personas no informan su orientación, por lo que existe una alta probabilidad de que la población victimizada sea mucho mayor.

Una mirada rápida a la situación de esta comunidad muestra que los hechos victimizantes de mayor ocurrencia son, en primer lugar, el desplazamiento forzado (3322 registros), seguido por amenazas (981 casos), delitos contra la libertad e integridad sexual (437) y homicidios (322)¹. Cinco personas LGBTI son amenazadas al mes en promedio, de las cuales dos ejercen roles de liderazgo y defensa de derechos humanos. Estas amenazas tienen lugar por el solo hecho de tener una orientación sexual diferente a la heterosexual y construir una identidad de género fuera del binarismo cultural.

Más allá de lo que las estadísticas pueden evidenciar, las personas lesbianas, gais, bisexuales, transgénero e intersexuales son seres humanos con igualdad de derechos indispensables para la construcción de paz en

¹ UARIV. Registro Único de Víctimas con corte al 01/11/2019.

Colombia. Somos conscientes de que gracias a su liderazgo y movilización construiremos caminos para celebrar la diversidad y la igualdad.

Como Institución Nacional de Derechos Humanos, en la Defensoría del Pueblo estamos llamados a incrementar nuestros esfuerzos para visibilizar sus problemáticas y velar por la protección de sus derechos. Justamente, en el marco de esta responsabilidad, la Entidad publica este libro, el cual presenta los relatos que reflejan el sentir de algunas víctimas del conflicto armado del municipio de San Rafael (Antioquia), que por su condición sexual han sido afectadas duramente por la violencia armada, pero, sobre todo, han tenido la capacidad de sobreponerse y salir adelante en medio de la adversidad que ello representa.

Esta es, además, una obra innovadora en su aspecto literario, pues mezcla la ficción y las vivencias de las víctimas, lo que la hace emocionante y atractiva.

Esperamos que su lectura permita sensibilizar a instituciones y a la sociedad en general sobre las condiciones a las cuales está expuesta la comunidad LGBTI en nuestro país y que se promueva la generación de acciones desde diversos sectores, que posibiliten la prevención de la violencia por prejuicio debido a la orientación sexual.

Carlos Alfonso Negret Mosquera
Defensor del Pueblo de Colombia

AGRADECIMIENTOS

Reconocemos el apoyo del Enlace Municipal de Víctimas de San Rafael (Antioquia) 2016-2019, en cabeza de Cristina Jiménez Monsalve; a Estella Quintero Gallo, quien creyó y apoyó a Sardino en sus convicciones; a Lilia Garcés y a Erika Arboleda Garcés, madre y hermana de Sardino; a Ignacio Duque Castrillón (*Q.E.P.D.*) y a Nidya Rosa Mejía. Todos ellos, convencidos de la necesidad del respeto por la diferencia en el país, aportaron con entusiasmo en la construcción de estas significativas letras con efectos de resiliencia.

Gracias a la Secretaría de Gobierno de San Rafael (Antioquia), y a todas las personas colaboradoras por su acercamiento, apoyo, libertad de expresión y confianza. Este proceso literario nos impregnó de entusiasmo y sueños, y lo queremos compartir con ustedes con mucho orgullo.

Los autores







Ilustración 1. San Rafael (Antioquia)



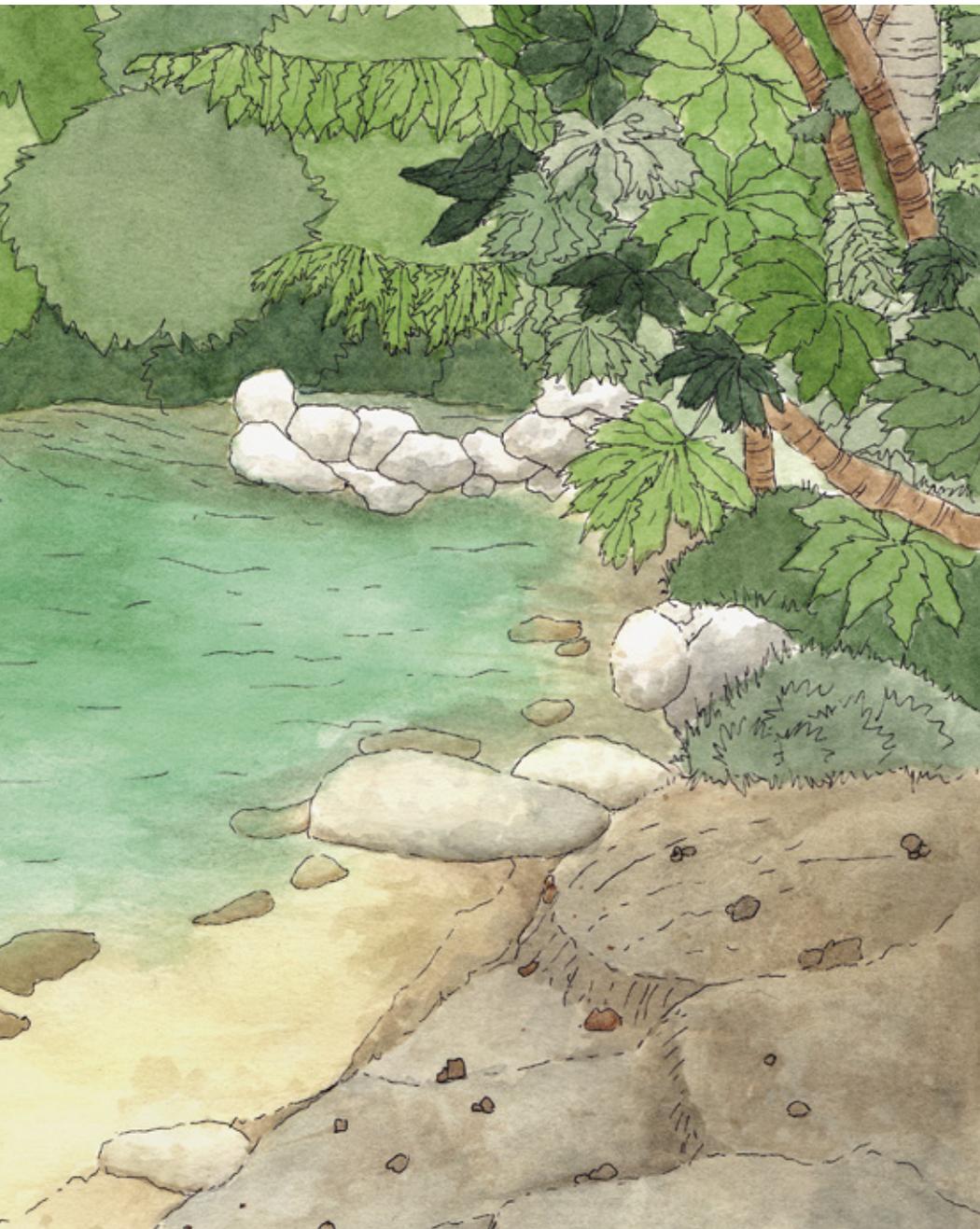


Ilustración 2. Balneario de San Rafael (Antioquia)



Ilustración 3. Localización de San Rafael en Antioquia y de Antioquia en Colombia

San Rafael es un municipio de Colombia, localizado en la subregión oriente del departamento de Antioquia. Limita por el norte con los municipios de Alejandría y San Roque, por el este y el sur con el municipio de San Carlos y por el oeste con los municipios de Guatapé y Alejandría.

Es rico en fuentes de agua, característica que le ha dado el apelativo de «embrujo de aguas cristalinas». Quebradas y charcos en abundancia son su principal referente y son famosas sus Fiestas del Río, que se celebran cada enero.

Superficie: 362 km².

Tiempo: 24 °C, viento del E a 8 km/h, humedad del 68 %.

Población total: 16.450 habitantes (2019).

Población urbana: 8950.

Población rural: 7500 (San Rafael, Antioquia. En *Wikipedia*. La enciclopedia libre).

CAPÍTULO I.

Lo oscuro de la crisálida

—¡Amiga, amiga!, anoche tuve una pesadilla. Ayer sentí el terror corriendo por mi cuerpo mientras las gotas de sudor rodaban por mi frente y mi mejilla y las sábanas se mojaban lentamente. Al despertar, la tristeza me invadió. ¡Pum, pum, pum!, escuché en ese horrible sueño los disparos aterradores contra Sardino en la ambulancia —le cuenta Mincho a Botero.

—¿Lo recuerdas? —le pregunta Mincho.

—¡Claro que sí! —exclamó Botero—, quien con voz melodiosa y con el brindis de sus copas, lo recuerda mientras hacen el recorrido, que muchos años atrás habían realizado en la cueva La Oscura, ubicada en el paraje La Araña del municipio de San Rafael, Antioquia, donde está, como oficialmente se conoce, la Central Hidroeléctrica Guatapé. Haciendo memoria, empezaron a preguntarse y a cuestionarse, como siempre lo han hecho, sobre el porqué fue asesinado su representativo y confidente amigo: Carlos Arboleda «Sardino».

Él vivía en San Rafael —recuerda Mincho—, un municipio colombiano que, haciendo alegoría de nuestro himno, queda «a la orilla de un plácido río,

en un valle fecundo sin par...», aunque hoy en día el río no es tan plácido y ya ni siquiera nos podemos bañar en sus aguas. Está rodeado, además, por los ríos Nare al norte, Bizcocho y Churimo al occidente, el Arenal al sur y el Chico al oriente; lo enmarcan sus cerros tutelares: El Morro de Pan de Azúcar, El Alto de Tiembles y El Alto Arenal; y fue descubierto por mineros de Santa Rosa y Don Matías, pero solo hasta el año 1871 fue creado como municipio.

Es un pueblo que brilló con el dorado que salía de sus vetas y organales, y que se llevaba a lomo de mulas por Guatapé, El Peñol y Marinilla hasta llegar a Medellín para venderlo en el Banco de la República. Cuando ese oro se agotó, el pueblo decidió no morir, y como en la sangre de los sanrafaelitas está el empuje y la berraquera, heredados de nuestros antepasados, el pueblo encontró la forma de renacer, a través de la semilla del café, del fríjol y del maíz, que fueron el pilar de la economía de esta población por muchos años, hasta que llegó la broca y la roya, sumadas a la humedad relativa, que han acabado con algunas especies de flora como el marañón, la pomarrosa y la poma amarilla. Sin embargo, la economía resurgió gracias a los trapiches paneleros; además, con las hidroeléctricas y el potencial de ríos, cascadas y charcos, se produjo un auge en el turismo, en el cual, nosotros no hemos sido sujetos pasivos.

—¡Nunca, amiga!, —enfaticó Mincho—, mientras caminaban temerosas por la cueva, un lugar que impresiona por su imponentia.

Hacia 1988, cuando Sardino empezó con la idea de hacer reinados, se llevó a cabo el primero de ellos en el Balneario Gallo, denominado Miss Tangas y, por eso, se llama hoy Las Tangas.

—¿Lo recuerdas? —preguntó Mincho.

En sus aguas cristalinas se pueden ver los peces y las piedras en el fondo del río, y los únicos ruidos que se escuchan son el susurro del viento, el arrullo del cauce y los pájaros, entre ellos, pechirrojos, azulejos, colibríes, carpinteros y sinsontes, que trinan sus melodiosos cantos.

En enero florece, a las orillas de los ríos, el hermoso Carbonero, un árbol que va creando una especie de tapete rosado que embellece muchísimo sus riberas y que es la inspiración de las populares Fiestas del Río. Hacia los meses de julio y octubre florecen, también, las espigas de los árboles dormilones, caracterizadas por su amarillo intenso, que resplandecen hacia el cielo y se entretejen con los rayos del sol, sobresaliendo en lo alto de la arboleda, tal como brillamos con luz propia los LGBT en este hermoso municipio.

Su imponente, altivo y soberbio templo religioso, católico por tradición, engalana el parque principal. Con su estilo neorrománico y la enorme cúpula sobre su coro, acoge a todos los que entran en él. Está enmarcado por sus arcos de medio punto, sus tres campanas, dos de finales del siglo XIX y la otra llamada «Agapita»; además, los árboles del siglo XX que yacen en el parque principal acogen a todo el que llega. El templo posee un reloj que data de 1949 y da las cuatro caras de los puntos cardinales, esos mismos que orientaron al señor para crear a sus hijas e hijos LGBT de esta villa, que, indiscriminadamente y sin escoger, fuimos y vamos naciendo en los senos de nuestras familias, conservadoras por cierto, que se dieron golpes de pecho para aceptarnos como somos, y que así como la gama de colores del arcoíris, vamos danzando con el brillo del sol y destellando fulgores por todos los rincones para que esa luz no se apague.

Recuerdo que visitábamos la finca Sardibella —le dice Botero a Mincho—, mientras admiraba la belleza de una mariposa que se había posado sobre su mano derecha, algo coja pero resistente, colorida y activa, quizás buscando el dulce de su copa, una bella mariposa que los acompañó todo el recorrido.

Escondidos en esa finca —continúa Botero— teníamos muchas fiestas con nuestras bellas prendas de vestir.

—Rico que la pasábamos, ¿cierto, amiga?, ja, ja, ja, ja —le dice Mincho a Botero.

—Claro que recuerdo, bueno que la pasábamos en ese sitio —le responde Botero a Mincho—, quien melodiosamente continuó con el relato.

Me acuerdo de que la Sardibella estaba situada allá en la vereda El Arenal del municipio de San Rafael, más exactamente en Pénjamo. Era de estilo colonial, con tejas de barro, las paredes de tapias, con corredores espaciosos, tenía jardín, rosas sembradas en ollas, bacinillas con azucenas y canastas con besos y novios. El agua que se consumía en la casa llegaba por medio de canoas en guaduas, no contaba con energía, por eso, se hacían lámparas con envases de vidrio y pabilos que alumbraban con petróleo, y se cocinaba con leña. Al fondo de la casa había un entable panelero, el cual, funcionaba con una rueda de madera de las que se conocen como de Pelton, que era movida por una canoa de agua que le llegaba de una quebrada cercana. Era esa la estrategia preferida de nosotras para llevar a los chicos y allí poder hacer travesuras libremente. Recuerdo que a ellos les encantaba ver mover esa rueda. En ese lugar podíamos ser libres como las mariposas, como la que viene acompañándonos en esta interesante, magnífica y tenebrosa aventura.

Alrededor de la casa, Sardino sembraba cebollas en ollas y bacinillas, que luego eran usadas para hacer huevos revueltos y aliñar los alimentos. La casa estaba decorada con imágenes religiosas que Sardino obtenía en casas de sus amistades donde iba haciendo obras sociales; dejaba algunas de ellas en la suya, con el fin de hacer un museo. Había árboles secos, donde los pájaros carpinteros martillaban y el ruido de sus picos se escuchaba por toda la casa, recuerdo también que olía a estiércol de vaca.

—Sí, amiga, recuerdo todo con mucha nostalgia, y ese olor también —dijo Botero.

Con el estiércol se abonaba el jardín y los sembrados —prosiguió Mincho—, había muchos mosquitos y zancudos que nos picaban y de los entables paneleros se expelía un delicioso olor a miel; además, se observaban los colibríes chupando el néctar de las flores por todo el derredor. Existía, también, un panal de abejas del que extraíamos miel silvestre. Cerca de la casa había cultivos, que eran secados y molidos para producir y consumir nuestro café, pues había una despulpadora manual propia.

La casa estaba cercada por el majestuoso Arenal, un río que recibía las aguas de la quebrada El Coco y bajaba bravío con sus manantiales cristalinos, a través de los cuales se veían las sabaletas, los muleros y los corronchos, peces que atrapábamos con varas de bambúes o de guadua, nylon y anzuelo con la plomada; la carnada era masa de maíz, Triguisar y queso blanco.

Pénjamo era el lugar hasta donde la chiva llegaba todos los domingos con el mercado y con los campesinos que regresaban del pueblo. Allí había un estadero, que era atendido por la señora que le prestó la casa finca a

Sardino; ella vendía bebidas embriagantes, tamales envueltos en hojas de *biao*, *empanadas de tacón alto*, buñuelos y mecato. En ese lugar, bailábamos, les coqueteábamos a los hombres que veíamos y, si nos invitaban a bailar, bailábamos con ellos, ya muy prendidos, hasta que se nos parara el ombligo o nos apagaran la música. Después de esa rumba, íbamos a Sardibella y seguíamos hasta el amanecer con música del grupo Abba, música americana, música de Helenita Vargas, Rocío Dúrcal y Juan Gabriel, que era la preferida de Sardino.

Cuando no teníamos postre para la cena, cogíamos guayabas maduras, las cocinábamos con clavos de olor y canela, las macerábamos con el molinillo y las poníamos a calar con panela, hasta lograr un dulce de guayaba exquisito que lo llamábamos *Ambrosía de Sardibella*.

Para llegar a la finca, Sardino tenía una moto marca DT de Yamaha, donde veníamos de a dos o de a tres y hacía varios viajes hasta traer a 10 o 15 personas para el jolgorio y el revulú.

Otra de las actividades que hacíamos en Sardibella —recuerda Mincho en voz alta mientras ve a Botero jugar con la mariposa— era elaborar nuestro propio bronceador con aceite Johnson, zanahoria y canela molida, para exponernos al sol y broncearnos en las playas del río Arenal, para luego, en la noche, organizarnos para hacer los famosos reinados. Como no teníamos el vestuario apropiado para la ocasión, lo improvisábamos con manteles, sábanas, hojas de iraca y flores, por eso era muy apetecido; también usábamos tanga brasilera para exponer al sol y a los viandantes nuestros cuerpos juveniles y esbeltos.

—¡Marica! —dice eufóricamente Mincho—, recuerdo que me ponía cacheteros de *jean*, blusas de cuello de bandeja de colores rosa, rojo, fucsia y naranja, ¡me encantaban!

Allí también realizábamos en grupo las famosas comitivas, unos se encargaban del arroz con verduras, otros preparaban el pollo, que si se nos olvidaba traerlo del pueblo, lo comprábamos en las fincas vecinas o lo buscábamos prestado y nunca pagábamos, pues gracias a la paciencia y bondad de los vecinos jamás nos cobraron; finalmente, otro grupo se encargaba del postre. Como no había comedor, nos sentábamos en los corredores de la casa, la vajilla o platos utilizados eran de loza y, si no alcanzaban, cogíamos hojas de *biao* y en eso servíamos.

Los participantes en todas las fiestas eran chicos de contextura delgada, cabello largo, algunos nos poníamos aretes; a la mayoría nos gustaban las lociones de mujer, la loción preferida de Sardino era el pachulí americano. Algunos de los vestuarios que usábamos, los reciclábamos de ropa que dejaban las grandes empresas y que luego era vendida en el parque, lugar al que acudíamos a comprarla, para luego transformarla y ponerle las etiquetas de las marcas más famosas en la época, así nos creíamos vestidos con ropa a la moda. La mayoría nos envidiaban por la ropa y decían: «Esos maricas sí estrenan, ¿de dónde tanto dinero?». Los tenis utilizados, en esa época, eran Reebok, Fila, Dino y North Star, al igual que los pisa huevos marca «Gato».

—¡Marica, recuerdas cómo nos discriminaban!, —le dice Mincho a Botero.

—Sí, claro —repone Botero—, después de ver con asombro el rostro de Sardino en la conjugación de las rayas y colores de una de las alas de la mariposa.

Ambos detuvieron su marcha por un momento para disfrutar el descubrimiento y recordaron el caso particular de la mariposa de la Amazonia *Heliconius numata*, que cambia sus diseños o dibujos para mimetizarse, o copia el diseño de otras especies que tienen un sabor desagradable para las aves y así evita ser devorada. Lo extraño era que esta mariposa tenía una habilidad sobrenatural para cambiar sus diseños; prácticamente hacia cualquier cosa con sus alas y, al parecer, trataba de comunicarse con Mincho y Botero a través de ellas, como si conociera a Sardino, o fuera parte de él quizás por un proceso de reencarnación, lo cual, les empezaba a generar mucho temor.

Intrigados y asustados por la mariposa, la bautizaron temporalmente como Hefesto², porque además de presentarse a través de gráficos en sus alas, lo cual, los impresionó mucho, manifestó que su cojera se debía a la salida apresurada de su crisálida, escapando de un golpe propinado por una persona inescrupulosa. Su desarrollo no fue el común y su voluntad de león tampoco, porque a pesar de presentar cojera, afinó su habilidad de mimetización para compensar su debilidad y poder sobrevivir, además, le ayudaba a comunicarse. No obstante, con menos miedo, porque la mariposa fue muy amigable, y a pesar del asombro, con curiosidad y llevando con deseo y extrema delicadeza a su dulce acompañante en el bolsillo, Botero continuó con la historia.

Esa época fue muy difícil, ya que había muchas personas que nos humillaban, que nos hacían sentir mal, hasta el punto de querer expulsarnos de lugares públicos, de celebraciones de 15 años...

² Hijo de Zeus y de la diosa Hera. Se caracterizaba por ser cojo o enclenque y andaba con muletas de oro. Era considerado un herrero luchador, divino y justo.

—¡Sííí! —interrumpe Mincho—, recuerdo que en la fiesta de los 15 de Ana, la hija del dueño de la Escalera, te vio a ti y a Sardino, y fue y apagó el equipo de sonido y dijo: «Si esos maricas no se van, no continúa la fiesta»; situación que los hizo salir de esa casa. Así nos pasaron muchas veces más.

Recuerdo, también, que cuando el mercado era en la plaza principal, nos tiraban cebo y gordos de carne cuando pasábamos y todo eso por ser parte de la población LGBT. Era impresionante la forma en que la Policía nos ultrajaba, nos metían al calabozo, nos estropeaban. Ese era el caso de los comandantes de la Policía y del Ejército, quienes apoyados por la Personera “Zurriaga” – como le decíamos en ese entonces – y nos odiaba, nos encerraban por nuestra orientación sexual y expresión de género.

—¡Por eso, amiga! —dice Botero—, romper con la ignorancia de la gente fue muy difícil, sobre todo, con el machismo de los hombres hacia nosotras.

—Sííí, en mi recuerdo perdura la época de los mineros, ellos fueron muy importantes en la historia del colectivo.

—¿Por qué, marica? —pregunta Botero.

—Porque recuerdo que nos íbamos hasta las minas, ellos nos daban caeadas y dejaban que las laváramos, y sacábamos lo último de la peña, de ahí recolectábamos dinero y conseguíamos enseres con que salir adelante en nuestros eventos. Claro que los mineros nos ayudaban con un doble propósito, pues como nosotros andábamos con mujeres bellas, ese era el anzuelo para que nos ayudaran. Era el medio adecuado para ellos poder coquetearles a las chicas.

Surge, también, el apoyo de los funcionarios del Estado al colectivo, ya que gracias al alcalde de la época, Jorge Ignacio Duque Castrillón (1990-1992), fuimos haciendo parte de los eventos culturales y de sus organizaciones logísticas. Eso fue lo que hizo salir del anonimato a Sardino. Empezamos, Sardino y yo. Fuimos prácticamente los dos primeros que nos tiramos como tal al reconocimiento; Sardino por el lado de la cultura quiso aprovechar esa situación para mostrarse y darse a conocer.

También, existieron mujeres que nos ayudaron. Recuerdo a Matilde Velásquez, la dentista, ella nos apoyó incondicionalmente; cómo olvidar a Nubia Valencia, quien nos enseñaba a caminar en tacones, nos prestaba vestidos, nos daba maquillaje, nos prestaba los espacios. ¡Ay, si Zarabanda hablara!

En mi memoria también está muy presente doña Nidya Rosa Mejía Giraldo, ella nos apoyó cuando fue alcaldesa entre los años 1992 y 1994, y fue quien empezó a contratar a Sardino y a dejar que iniciara con sus grupos de danzas. Asimismo, el apoyo de Estella Quintero Gallo a la obra LGBT ha sido fundamental, tanto en danza y cultura, como en apoyo con transporte, vestidos, maquillaje y hasta dinero para poder ir a eventos, como a reinados en otros departamentos, e incluso a nivel nacional; no podemos dejar de lado las obras sociales, como traer desde las veredas a los enfermos en los Jueves Santos a la misa de sanación y la ayuda para sacar adelante los reinados, para lo cual Sardino era un maestro.

—¡Ay, sí! —exclamó Botero—, por eso, reconocer el camino abierto por Sardino al colectivo y a la población LGBT de San Rafael es imprescindible. Cómo olvidar, por ejemplo, sus imitaciones de Helenita Vargas, vestida y trepada como ella, cuando usaba como micrófono un pene disfrazado con

un moño de cabello; como imitaba a Celia Cruz con el azúcar en su sangre; como se vestía de Caponera, era impresionante; como sacrificó su cabello y se motiló para imitar a Hugo Lombardi, el gay de la novela *Yo soy Betty, la fea*, y hacía todas las mímicas o imitaciones que se le ocurrieran. Desde ahí, las demás gais aprendimos mucho, comenzamos a salir vestidas de mujer, a ponernos vestidos de baño de mujer y a treparnos totalmente, son épocas que no se olvidan y que quedan vivas en los recuerdos.

—¡Ay!, pero todo se acabó con la arremetida de los paramilitares en este pueblo —dicen ambos con voz melancólica mientras la mariposa parecía querer hablarles, por la cantidad y velocidad de gráficos en sus alas.

—El miedo pudo más que el deseo —añade Botero—, quien con voz de aliento continuó con la narración.

Llegó el conflicto armado y nosotros ya teníamos las puertas abiertas en la sociedad, ya contábamos con más reconocimiento, sobre todo, Sardino, pues él ya se había desenvuelto perfectamente en las Fiestas del Río, ya tenía amigos y patrocinadores, y era el líder designado para todas las fiestas; tanto así, que había logrado traer a las Fiestas del Río a Claudia Elena Vásquez, ex señorita Colombia y esposa del cantante colombiano Carlos Vives.

La violencia, la discriminación, y todo lo que trajeron, tuvo varias acometidas, como el asesinato de algunos del colectivo, las violaciones sexuales, los ataques y las lesiones a varios de los nuestros. Nosotros éramos la parte de la risa, el hazmerreír en muchas ocasiones, o la parte del buen humor en medio de todo ese conflicto. Pese a esto, vivíamos con mucho miedo, con zozobra, porque podía pasar alguna cosa en contra de nuestra integridad.

Ellos, al principio, llegaron algo reacios y hoscos con el colectivo, pero después fueron como pegándose a nosotros, acompañando nuestras actuaciones artísticas e incluso patrocinando con trago y vicio las actividades que realizábamos, ya que a ellos les interesaba que les presentáramos mujeres para poder «distraerse», como decían.

Sardino también fue llamado a esa guerra, a esa violencia; sin embargo, en ningún momento quiso tomar parte, porque los paramilitares buscaban en él una cosa: que la gente no sintiera tanto la violencia —¿entendés?—, pero la división, el miedo y la zozobra existió. De hecho, nosotros fuimos muy conocidos por las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) a pesar del miedo. Y la verdad, sí, fuimos amigos de ellos, pero eso fue un mecanismo de defensa y de sobrevivencia, ya que era más útil ser sus allegados, que estar en su contra, por eso nos sentábamos a beber y a compartir momentos con ellos. Sin embargo, al morir nuestro amigo, murieron tantas cosas —dijo entre sollozos Botero.

CAPÍTULO 2.

Sardino el capullo

—Volviendo al cuento —le dice Mincho a Botero—, hemos ido ganando espacios.

—¡Uy! —contesta este—, es impresionante cómo nos molestaban, nos ultrajaban, pero también cómo dábamos de lora.

—¡Ay, sí! —dice Mincho—. Recuerdo que estaban de moda las Spice Gay allá en la esquina del movimiento, donde nos dimos a conocer y donde bailábamos y gritábamos a todo pulmón. En esa época también era popular el copete de Alf y la laca para el cabello; aún me acuerdo de cómo nos vestíamos: las falditas, las plataformas, los pantalones anchos bota campana, los aretes, todo era divino; los colores fucsia, rosado y rojo mandaron la parada por mucho tiempo; estaba de moda Xuxa, las Juanas, las Divas.

—¡Ay!, cómo tomamos guaro escuchando al grupo Abba y los sonidos de las inmortales canciones de Juan Gabriel y Rocío Dúrcal —repuso Botero.

—Sí, es verdad. Si la esquina de Carepollo hablara, esas escalas contarían tantas cosas. ¡Uy!, qué rico, tiempos que no volverán.

Sin duda alguna —añade Botero—. Me acuerdo de que todas teníamos una blusa que se ataba adelante como la de la Potra Zaina y dejaba al descubierto el ombligo. Y cuando digo todas, éramos todas: Sardino, Chimilo, La Coroza, Cololo, La Jovana, Burro..., tú y yo. ¡Marica!, ya somos muchos, cómo nos tocó de duro en ese entonces; a las que van naciendo ahora les toca tan fácil, son todas tan mariquitas.

—Sí, amiga —repone Mincho—. Recuerdo que Sardino fue como una semilla, aquella que se abrió paso en medio de esa sociedad sanrafaelita tan machista y de doble moral, como aquellos hombres casados que tantas veces vimos desfilar después de haber tenido algo con una de nosotras, pero que luego se desgarraban las vestiduras cuando nos veían y gritaban: «Ahí van las locas». En realidad nos generaban mucha risa, recuerdo cómo enfrentamos a muchos y nos tocó unírnos, o si no, acababan con nosotras.

Gracias a Sardino llegó el día en el que pudimos ver cómo esa semilla se fue expandiendo, y hoy, muchas de esas familias tan conservadoras tienen un hijo gay o una hija lesbiana, y hasta personas que deconstruyen su género.

—¡Ay, amiga!, hasta en eso se ve la perfección del Creador, ya que en cada hogar donde más nos dieron madera tienen uno o dos integrantes que hablan muy bien de este colectivo.

Aunque nuestra orientación sexual va más allá de los hechos biológicos y de cómo se gestaron en el vientre de nuestras madres los cromosomas necesarios para que fuésemos población LGBT, la verdad es que Sardino fue quien nos enseñó a no dejárnosla montar de nadie, a hacer valer nuestros derechos, a ser futuristas, a abrir espacios, a tocar puertas, a ver en todo la

ocasión perfecta para sacar algo bueno de los acontecimientos, a no apabullarnos por el qué dirán, a sacar el mejor provecho de todo y nunca perder la esperanza, —añadió Botero.

—Sííí —asiente Mincho—, él siempre decía: «Recuerda que la noche termina con una bella alborada». Alborada... una de sus palabras preferidas, una palabra que lo motivaba a hacer aquellos personajes de los que aprendimos mucho. Sííí, muchos aprovechamos esa alegría, ese revulú, ese alboroto de él y de todos nosotros para salir del clóset y treparnos vestidas de mujer, entaconarnos y ponernos regias para que la gente se diera golpes de pecho, como siempre lo han hecho, pero con esto reivindicábamos nuestro actuar, nuestra identidad, el poder salir del clóset y ser bandera discutida entre los que nos apoyaban y los que no, como si fuéramos un pecado o una abominación. Y saber que Sardino fue asesinado por una tontería, ¡por un prejuicio estúpido!... por un tipo de violencia que acaba con la vida de quienes nos construimos desde las diferencias.

Con voz emocionada, Botero le dice a Mincho: cómo eran de espectaculares los Festivales de la Canción, participaba mucha gente, interpretaban canciones de todo tipo. Sí, no se me olvidan los concursos de fonomímica, cuando Sandra Arbeláez Mejía hizo *No llores por mí, Argentina*, de Evita Perón, donde los bailarines debíamos llorar y al momento de pronunciar la frase de «No llores...», nos echábamos Mentolín en los párpados y llorábamos porque llorábamos, —ambos rieron a carcajadas, incluyendo la mariposa a través de sus gráficos—. Al verla, los dos se empiezan a asustar, pero deciden no prestarle atención, pues el cuento de la reencarnación junto a la cueva los tenía ya bastante aterrorizados.

A pesar de eso, el diálogo nostálgico sobre su amigo les puede más.

—¡Oíste! —le dice Mincho a Botero—, ¡cómo era de raquítica la Sardino cuando era niño! La mamá nos contó que para que se aliviara de raquitismo, lo llevaron al matadero, ese que quedaba en la subida al cementerio, lo metieron en la bazofia del buche de una vaca y hasta cagajón de un animal de esos le dieron. De razón él decía que tenía cuatro vientres: panza, bonete, librilla y cuajar —se ríen ambos estruendosamente y la mariposa, a su modo, también—. A pesar de esto, ellos continuaron su recorrido por la cueva viendo de reojo al animal y con más nervios que antes.

No se me olvida una vez —manifiesta Mincho—, que llegamos a San Roque y no llevamos la media pantalón velada para disfrazar a Sardino y poder esconderle el pipí; me tocó adosárselo al vientre con cinta transparente de la ancha. Cuando terminó de hacer el acto, en el ejercicio de despegarle esa cinta, gritó como loca en manicomio —como decía él—. Pobrecita mi amiga, ¡que de Dios goce!

Me la imagino allá loqueando y bailando con san Pascual Bailón, quitándole las plumas al ángel de la guarda para escribir, porque tenía una letra espectacular, como dicen las viejitas: «Una caligrafía exquisita»; debe estar dando lata y peleando con san Agustín por meter agua del océano en un pocito, o debe estar discutiendo con san Rafael a ver quién llega primero de los viajes, porque sí que le gustaba pasear.

—Sí, marica, es que usted tenía muy buena relación con él, era muy estrecha esa amistad, de razón se decía que se comían hasta el mismo marido —rieron ambos fuertemente.

—Qué pesar su partida —repone Mincho—. Sardino siempre decía que en los velorios de los amigos no se tinteá. Por eso, cuando lo velamos no me tomé ni un tinto, porque es con el amigo con quien se toma el tinto, pero en vida, y no en su velorio.

¡Ay Dios, tanta lata que dimos! Recuerdo que el dinero necesario para los eventos o danzas se obtenía con la Beneficencia de Antioquia (Benedan), Telecom y la Fábrica de Licores de Antioquia (FLA). Cuando fuimos por primera vez al Concurso Nacional de Belleza en Cartagena, se gestionaron unos recursos con esas entidades a cambio de que nosotros *tuquiáramos* a Cartagena con su publicidad, repartiendo globos inflados de la FLA, abanicos de Telecom y volantes de Benedan. Y así hacíamos, repartíamos a diestra y siniestra la publicidad, hasta por la playa, bien regias, todas mostrando nuestras curvas.

Tampoco se me olvida su amor por el necesitado.

—¡Ay!, tanto bien que hizo Sardino en pro de los enfermos, ¡marica!, era apoteósica esa obra —dice Botero—. Él iba con los auxiliares bachilleres, los bomberos y algunos amigos que prestaban sus vehículos hasta las veredas más lejanas a traer los Jueves Santos a la misa de sanación a todos los enfermos, les brindaba alimentación, hidratación, medicamentos, transporte y hasta mercado les echaba para la casa. Quiera Dios que cuando pasó por el estrado de su Juicio, lo haya mirado con ojos de misericordia.

Son tantas las anécdotas para contar, ¡ay!, como improvisaba, como le fluían las ideas de un momento a otro, como peleaba con los demás por defenderlas, porque por donde metía la cabeza por ahí la sacaba. Porque cabe-cidura... ¡jummm!, no tenía límite la terquedad que lo acompañaba.

Y... hablando de anécdotas —repone Mincho—, no se me olvida la fiesta de matrimonio que hubo en el balneario El Gallo, donde Sardino se iba a casar con un hombre.

—¡Qué locura! —dice Botero—. Ese día llegó mucha gente a ver el dichoso matrimonio, él de blanco con vestido de mujer, cantando: «Yo voy a casarme vestida de blanco», ja, ja, ja, ja. Pero nunca le llegó el hombre, la dejaron vestida y alborotada, con la cena lista y el champán servido. Era único con sus locuras y todo le quedaba súperrr... era un artista sin duda alguna. Obviamente, era mentira lo de su matrimonio, pero a él le gustaba dar mucho de qué hablar.

—¿Recordás cuando íbamos de San Rafael a Medellín con un guayabo horrible y se acostó en la banca, o silla de los músicos, y dijo: «No me despierten hasta nueva orden». Ese día le quitamos los zapatos, Cololo ayudó mucho, ja, ja, ja, le quitamos la billetera y el bus llegó a Guatapé; cuando nos bajamos, no lo despertamos y él siguió para Medellín. Allí despertó, descalzo y sin un peso, pero unos paisanos le prestaron con qué devolverse y llegó al pueblo furibunda con todas.

— ja, ja, ja, ja, ¡sííí! Tiempos aquellos de locura que no volverán.

—¡Mincho!, ¿y cómo veías a Sardino para regentar fondos?

—Era buenísimo en la gestión, ¡ufff!, participábamos en muchos eventos con la plata recogida. Recuerdo muy bien cuando él les pedía apoyo a las candidatas del reinado del pueblo para que bailaran y animaran a las personas. No se me olvida cuando hicimos parte de la Feria de las Flores, todas coloridas como margaritas, astromelias, besos, novios y dalias, rojizas como el san

Joaquín, moradas como las orquídeas y las azucenas; y de las fondas de mi pueblo en la setenta en Medellín, donde dejábamos muy en alto el nombre de nuestro municipio, que sobresalía en muchos aspectos. Tampoco se me olvidan las obras llevadas a cabo en la semana de la juventud en el Colegio, en el otrora IDEM San Rafael.

—Sí, recuerdo un año en el que la semana de la juventud la hicimos por regiones, con danzas y platos típicos de cada una de ellas. Se hicieron representaciones de mitos y leyendas, se leían, a toda voz, obras de la literatura universal y Sardino ayudaba mucho, él mismo leía, le ponía toda el alma, nuestra amiga era histriónica, ¡ufff!, era una artista; todo esto lo hacíamos desde el colectivo LGBT y culturalmente quedábamos muy bien parados.

Para recaudar fondos en la parte deportiva, organizaba torneos de microfútbol y cada grupo era nombrado como la novela que estuviera de moda en la época. Además, Carlos organizaba la «Civitón», con la finalidad de recaudar fondos para la construcción o mejoramiento de viviendas de familias campesinas y necesitadas... lo hacía hasta con una pata quebrada.

También, recuerdo con admiración, por ejemplo, que en octubre de 1999 hubo en la parroquia de San Rafael un sacerdote llamado Pedro Pablo Ospina, quien por primera vez invitó al colectivo LGBT, en el marco de unas fiestas patronales de San Rafael Arcángel, a entrar danzando en la procesión de ofrendas del pan y del vino. Ellos ingresaron a la iglesia con vestidos de cumbia y alpargatas. Para Carlos fue muy importante la inclusión de la Iglesia, así como para el grupo de jóvenes que hacían parte del colectivo, para quienes las creencias son imprescindibles. Todos nos sentíamos muy empoderados, fuertes y seguros con Sardino a la batuta.

CAPÍTULO 3.

La crisálida que se desvaneció en el río

—¡Ay, amiga! —le dice Mincho a Botero—, no es gratis que nuestro amigo haya sido asesinado en vísperas de la decimotercera Fiesta del Río, aquel evento por el que luchó, por el que dio la pelea, por el que lloró en tantas ocasiones, por el que los desvelos fueron el pan de cada día, las iras que le tocó pasar para que todo saliera bien, las discusiones, las enemistades que tuvo, porque era *arrevolverada*. Sí, era tremenda.

—Quizás esa misma ira fue la que la llevó a la muerte —repite Botero—, la franqueza con la que hablaba, la forma tan hiriente con la que respondía, tenía episodios de rabietas, al fin y al cabo marcadas por la genética, pues los Arboleda han sido recios de temperamento y los Garcés muy claros e inamovibles en sus posiciones, y para defenderlas son geniales. Esa misma seda frágil, que posiblemente acabó con su ser, con su vida, con sus ilusiones, esa misma que el viento se llevó, esa que terminó al caer al río y que se envolvió de manera tal que ya no se salvó la mariposa, esa era con la que defendía sus ideales a todo pulmón —los amigos terminan en medio de lágrimas y resollando.

A pesar de la tristeza, Botero y Mincho continúan con el recorrido. Mincho, ya un poco más recompuesto, pero aún con voz triste, sigue recordando a su amigo.

—Sí, se desvaneció la crisálida, se dispararon sus alas en el río, nuestra más íntima y luchadora alma por la reivindicación de la población LGBT de este municipio, de este querido San Rafael, ese amigo luchador y berraco que nunca tuvo un no por respuesta, pues luchó para que, equitativamente, cada uno recibiera lo suyo. Era justo en su proceder, por eso, esa fecha quedó grabada en nuestra memoria, es imborrable; esa fiesta de grados de ese primero de diciembre del año dos mil fue la que vieron sus ojos por última vez, esa fiesta en la que prestó su moto querida, uno de sus bienes más preciados. Ese día vi con desilusión cuando aquel joven esbelto y alto le pidió la motocicleta a Carlos; él estaba ebrio y pensó que no tardaría y se la devolvería pronto, él le rogó mucho, le insistió bastante para que se la prestara; en realidad fue muy extraño que Sardino accediera porque nunca la prestaba. Al día siguiente se la devolvió sin combustible, muy sucia y con muchos kilómetros de recorrido. Sardino se enfadó muy horrible, le hizo el reclamo y él para acallararlo hizo con él un pacto secreto.

—Ese momento nunca debió ser, fue lo peor que pudo haber pasado —repite Botero.

A raíz de eso, se dice que el hermano de Sardino, Fredy Arboleda, conocido como «Choibo», también integrante del colectivo LGBT, le hizo el reclamo por prestar la moto, y él para terminar la discusión con su hermano, le contó lo que había ocurrido con ese hombre. Luego, estando su hermano de rumba con unas amigas, les contó lo que había sucedido entre Sardino y el

susodicho; por ese comentario, según las malas lenguas, ese joven le reclamó a Sardino, y a la semana siguiente, es decir, el once de diciembre del año dos mil, fue al apartamento de Sardino y con un garrote, lo agredió a él y a Jairo Eusse, un amigo del colectivo que se encontraba también en el apartamento. Tan violento fue su ataque, que los dejó gravemente heridos y tuvieron que ser trasladados al hospital del municipio.

—¡Cuánto dolor sufrió nuestro amigo Sardino! exclama Mincho—. No imagino cómo sería el dolor que sintió su cuerpo lacerado por la molienda que le dio aquel chico con ese palo, pues las señales en su cuerpo evidenciaban lo fuerte que lo golpeó. Pero lo peor, lo más tétrico de esta horrible pesadilla, fue la muerte tan trágica, tan funesta, fue el despliegue que hizo ese joven para que fueran rematados.

—¡Ay, amigo!, qué tristeza —dice Botero—. No olvido el dolor causado, todo un pueblo comentó su muerte, lo lloró no solo su familia, sino los muchos «huérfanos» que dejó: sus queridos enfermos, los pobres a los que ayudó y nosotras.

En ese momento, ambas rompen en llanto, mientras las alas de Hefesto se ponen grises, un color que refleja la tristeza.

Dolió mucho su partida, nos volvimos muy sensibles, tratamos de que no terminaran nuestras ilusiones, creímos haber visto nuestro edificio derrumbado, nuestro colectivo LGBT sufrió lo indecible —recuerdan con mucha nostalgia.

—¡Sí! —exclaman ambos al unísono y nuevamente las lágrimas se apoderan de sus ojos.

—Amigo, ¿usted se imagina cómo sería el dolor de Estella Quintero?, ¿la que iba en la ambulancia con Jairo Eusse? —pregunta Mincho—. Según lo que me dijo ella, cuando los detuvieron en Guatapé, lugar donde los remataron, Jairo le preguntó: «Estellita, ¿ya llegamos?». En ese instante, ella escuchó los primeros disparos, e impotente, guardó un silencio sepulcral, no pudo responderle sus últimas palabras, no tuvo tiempo de despedir al que por mucho tiempo acompañó las espléndidas presentaciones y las galas de innumerables Fiestas del Río.

—¡Sí, amigo! —repone Botero—, tal vez ese fue el camino amargo del que ya llegamos, ese trago amargo que bebió Cristo en el Huerto de los Olivos. Haciendo alegoría a aquella escena del Jueves Santo, esa debe ser nuestra vindicación. Sin embargo, será dejar ante los ojos de Dios y la justicia la tarea de encontrar las verdaderas razones de su asesinato.

Aún me pregunto dónde estábamos sus amigos, ni siquiera una hora pudimos estar con ellos. Fueron tantos los golpes, que dejaron casi muerto a Sardino, sin conocimiento y sin la oportunidad de que escucháramos por última vez su melodiosa voz. Ya no se volvieron a escuchar sus representaciones, atrás quedó la Colegiala, la Caponera, Helenita Vargas, Hugo Lombardi, sus mímicas... su voz enmudeció.

«¿Ya llegamos?», fue lo último que se escuchó de su querido amigo Jairo. Cómo sufrieron, cómo sería el amor por San Rafa, su pueblo querido, que el mismo gerente del hospital, Jorge Alberto Caro Avendaño, acompañó en la ambulancia a Sardino hacia Rionegro.

—Sí, fueron tan escabrosos en su actuar los belicosos —añade Mincho—, que inventaron toda clase de infamias para justificar su muerte. Dijeron que

eran personas muy peligrosas y hasta de miembros de la guerrilla los acusaron; por eso, se dice que ordenaron sus ejecuciones.

—¡Ay!, fueron tantos sufrimientos. Sentí que con esta muerte se había perdido todo —agrega Botero—, mientras veía junto a la hermosa mariposa y a Mincho el centro de operaciones de la cueva, cuya finalidad era todo un misterio.

A partir de entonces, perdimos la identidad cultural, se estancaron los procesos culturales, artísticos, recreativos y hasta deportivos; por eso, el municipio dejó de sobresalir a nivel regional, departamental y nacional. El colectivo LGBT perdió la legitimidad y participación en las actividades culturales y deportivas del pueblo, además, decayeron las labores humanitarias y sociales que el colectivo realizaba; prácticamente se desintegró el grupo, no se hacían reuniones por miedo a manifestar nuestra identidad; en fin, se perdió la capacidad de gestión para desarrollar cualquier tipo de actividad.

—¿Y qué opinas del cinismo de los maleantes? —pregunta Botero—. No contentos con segar esas dos vidas, también asesinaron a Choibo, el hermano de Sardino.

—Sí —dice Mincho—, a él lo asesinaron ellos mismos, al segundo día de la muerte de Sardino, por reclamos, por cosas, por situaciones, por chismes... no sabemos... en realidad, esto ha sido tan duro, que ni eso quiero recordar.

—¡Sí, amiga!, la muerte sistemática de varios integrantes del colectivo nos afectó totalmente, y no solamente la esfera individual de nuestro grupo, sino a todo el colectivo. La falta de esos escenarios nos obligó a estar más solos, a no poder disfrutar de los recursos naturales del municipio, a no volver a rea-

lizar los reinados, a evitar realizar las actividades que nos permitían nuestra libre expresión e identidad sexual... todo como una reacción de solidaridad.

No se me olvida el cinismo de los maleantes —dice Mincho con indignación—, pues tres días después de la muerte de Sardino y Jairo Eusse, nos reunieron en una peluquería a explicarnos el porqué de la muerte de ellos. Su discurso estaba lleno de estigmas y prejuicios contra la población LGBT, pues, en todo momento, relacionaban la orientación sexual con el abuso y la violencia sexual. ¡Qué vil mentira!, pues para todos es bien sabido que los actos de violencia no dependen directamente de la orientación sexual de una persona. Por esa razón, muchos de nosotros fuimos desplazados forzosamente y abandonamos todo cuanto habíamos construido por temor a que nos ocurriera lo mismo.

No solo asesinaron a los pioneros de nuestro colectivo, sino que aniquilaron nuestras ganas, nuestra identidad, nuestra libre expresión —tan vilmente vituperada—, el impulso, el amor, las ganas de amar lo que se hace; se salieron con la suya los victimarios. Recuerdo cuando nos amenazaban y nos decían que teníamos que tener el cabello corto, nada de pintarnos, ni maquillarnos, no podíamos usar aretes y si no nos motilábamos, ellos mismos lo hacían.

Las mismas autodefensas señalaban a las lesbianas, gays, bisexuales y personas transgénero. Le dijeron a la gente que no podían reunirse con nosotros porque éramos cacorros y maricas. Incluso, cuando nos reuníamos en lugares públicos, llegaban a intimidarnos con sus armas y a cada uno nos tocaba irnos para la casa a encerrarnos, porque no podíamos estar en ninguna esquina del parque, ¡se salieron con la suya por mucho tiempo!

Así es, *amiguís* —repite Botero—, en el colectivo perdimos espacios propios de integración, por temor no nos pudimos reunir más, por miedo a correr con la misma suerte de nuestro guía, nuestro líder. Perdimos la alegría, ya no fue lo mismo, no hubo más reuniones, eventos, reinados, desfiles, modelajes, pasarelas, salidas a los charcos, se nos apagó la antorcha que alumbraba nuestro rumbo y no hubo aceite para poder recargarla... ¡Tiempos aquellos!

Disminuyó, también, nuestra participación en el turismo, ya las personas que visitaban el municipio no volvieron a ver nuestra actuación, se segó, incluso, la cultura desde muchos puntos de vista, puesto que el aporte de Sardino a la parte cultural y al colectivo es intangible e incommensurable y, aún hoy, 20 años después, la cultura, la recreación y el deporte en el municipio siguen aletargados.

Recuerdo cuando Sardino creó su propio grupo de recreacionistas llamado Sardis... —añadió Mincho—.

En ese momento sus palabras son interrumpidas por un fuerte temblor en la cueva, acompañado por el estruendo ocasionado por el desprendimiento de rocas que taparon la salida principal. Sintieron un terror indescriptible y el pánico se apoderó de sus cuerpos.

—¡Ayyy, amiga, qué miedo, qué susto, me tragué la lengua y hasta el calzón, Dios nos proteja de esta montaña! —exclama Mincho con la voz entrecortada. ¡Mira!, hasta pálidas se tornaron las alas de la mariposa, ¡virgen del agarradero!

A pesar de su cojera, el pequeño animal se puso en marcha para guiar a sus nuevos amigos hacia una salida cercana. Como todo había quedado muy

oscuro, activó en sus antenas, hasta el final de la travesía, una luz blanca, fuerte y constante. Era una habilidad que también había logrado desarrollar gracias a la voluntad luchadora que adquirió luego de la salida anticipada y forzada de su crisálida, era una luz constante que nunca se apagó, así como los diseños de sus alas para comunicarse.

A pesar de que la sacudida no había pasado, el mítico Hefesto les pidió, a su manera, que continuaran con el diálogo sobre Sardino, para no sentir tanto miedo en la búsqueda de la salida de la cueva. Mincho, con la voz entrecortada y temblorosa, prosiguió.

Las personas LGBT tuvieron pocas oportunidades de generación de ingresos, pues disminuyó su visibilidad en todos los espacios; las extorsiones a los estilistas, miembros del colectivo, fueron impresionantes; también, transgredieron las arcas o los emolumentos de sus negocios, sumado a la imposición de tener que ir hasta el corregimiento El Jordán, del municipio de San Carlos (Antioquia), a reuniones con los victimarios; por tanto, las afectaciones se vieron a nivel individual, familiar y comunitario. Tampoco fuimos tenidos en cuenta para la incidencia política en los diferentes planes y programas de la administración municipal; sigue sumando a la interminable lista, la explotación laboral de la que hemos sido víctimas algunos del colectivo, pues nos ha tocado trabajar incluso en cocinas, sin ser pecado, para ganarnos el sustento; sin embargo, en algunos de esos lugares nunca nos pagaron, todo esto con la complicidad del silencio y del miedo de quienes habitaban nuestro San Rafael.

Con el asesinato de Sardino, nuestro colectivo del municipio ha sentido —y de una manera bastante tortuosa— el actuar despectivo y ultrajante de

la administración municipal en los últimos años. Algunos de sus funcionarios acabaron, como una afrenta en contra de la cultura misma, de los espacios que existían, con la Casa Museo, pues un día terminaron archivando los utensilios y elementos de ese lugar, y hoy, las goteras caen a borbotones y al piano se lo comieron las polillas. Es más, nosotros creemos que, dada la enorme deuda que tiene la cultura de San Rafael con nuestro amigo, ese lugar debería llevar su nombre: Carlos Arboleda «Sardino».

—¡Me tiemblan las nalgas del susto, qué miedo, qué horror! —grita Mincho.

—Pero ya dejó de temblar, ¡cálmate, alborotada! —le dice, casi explotando de la risa, Botero a Mincho, quien gritaba como loca en manicomio.

La cueva efectivamente ya había dejado de temblar, pero los visitantes del lugar aún están dispersos y muy acongojados, muchos de ellos llaman desconsolados a sus acompañantes y la zozobra se sentía por doquier. Todo parecía una película de terror y la única esperanza era una habilidosa mariposa, que con sus gráficos para comunicarse, pero, sobre todo, con la virtud invaluable de sobreponerse a las dificultades, quería enseñar a sus nuevos amigos cómo salir adelante.

CAPÍTULO 4.

Del capullo a la mariposa

Hefesto, al verlos desesperados, se paró en la raya y les dijo que era mejor el enojo y la firmeza para poder pensar, que la angustia, la desconsolación o el miedo en estos escenarios. Los miró a los ojos y, como si fuera un encanto, los hipnotizó con los gráficos de sus alas, para que retomaran el tema de Sardino y así olvidaran por un momento el miedo que les produjo los sucesos en la montaña. No era una hipnosis profunda, fue lo suficientemente leve como para que ellos estuvieran conscientes de la superación del miedo, lo cual era necesario para poder seguir con el trayecto.

Y sí, después de tantos ires y venires, de altibajos, de muertes para llorar, de anécdotas para reír, de cosas por aprender, de enmendar errores, de sobrecogernos después de la pérdida de nuestro mentor, Sardino, aquí estamos, erguidos como la palma y con las hojas superanchas, en las que abrigamos a todos —dice Mincho—. Hemos sido «padres» para muchos, hemos criado hijos ajenos —e incluso mucho mejor que algunas madres—, hemos sido padrinos, hemos cumplido con la tarea de enseñar, de instruir, de corregir, hemos perdido muchos espacios, pero no hay más camino que levantarnos, avanzar, seguir luchando... y lo mejor de todo, hemos aprendido y reaprendido muchas cosas.

Sí —repone Botero—, hemos aprendido que después de la oscuridad llega la luz, que después de la tempestad llega la calma, que después de la noche, nace la aurora bella e imponente y resplandece con luz propia, que para todo hay tiempo, que se debe tener tiempo para plantar y tiempo para recoger, tiempo para nacer y tiempo para morir, tiempo para tirar y tiempo para recoger lo tirado, tiempo para la guerra y tiempo para la paz (Cf. Eclesiastés 3:1-8).

Hemos aprendido, como aprende un estudiante sus primeras letras, de a poquito, por las vocales y luego por las consonantes, y luego a unir las entre sí, y a balbucear las primeras letras, pero seguros de nuestras capacidades; así como de capullo a mariposa, así aprendió Burro a sobreponerse a pesar de lo duro que le tocó cuando los maleantes le hacían fila para que los motilara gratis, así como sigue adelante con su salón de belleza, así como sale a pasear con las «Pachoheladas» y cada año no le falta la salidita del pueblo, así como fue superbueno hijo con sus padres y como cuidó siempre de su mamá hasta que se fue a reunir con el Creador, así como es querido y respetado por la comunidad y así como encontró en su bicicleta la manera perfecta para hacer ejercicio y mantenerse en forma.

—¡Ay, sí! —añade Mincho.

Como el tallador de madera, que coge su gubia para hacer de un trozo una verdadera obra de arte, hemos aprendido, y así aprendió la Walter, el hijo de Nubia Valencia «La Grilla», que surgió, también, de capullo a mariposa, con los trabajos hermosísimos que hace con el cabello de las mujeres, son verdaderas obras las que hace.

—¿Sabes, Botero?, para todo se necesita arte.

En la casa de Walter, a pesar de haber sido tantos, son todos muy buenos en lo que hacen y nunca dejaron de lado hacer el bien, como la difunta Nubia, todos tan buenos hermanos como han sido, muy hermanados entre sí.

Hemos aprendido, como el alfarero cuando coge una masa amorfa de barro y la va puliendo hasta convertirla en un jarrón hermosísimo, así como de capullo a mariposa; eso aprendió Cololo, a hacer sus ambrosías en la cocina —¡cómo cocina de rico!—, él de cualquier cosa hace un plato espectacular. Es superbuen hermano, querendón con sus sobrinos y cómo quiere y ayuda a Beatriz con su niño, Brisley Escudero Garcés.

Como el albañil cuando coge un plano de obra y entrega una casa, una edificación, una mansión, así como de capullo a mariposa, hemos aprendido, y así aprendió Chimilo a hacer su trabajo, como cuando se vinculó a Isagén y se dio a querer allá. Fue muy buen presidente de la Junta de Acción Comunal de La Milagrosa y ahora es Concejal de nuestro municipio, porque se reconoce como buen líder. Es muy querido en su casa, muy buen hijo con Maruja, su mamá, muy buen hermano, sus sobrinos lo estiman mucho; así como sube loma arriba a vender la deliciosa morcilla, muy apetecida por cierto; así como poco a poco se va codeando con los duros de las empresas y va labrando su incursión en la política; así como hace de bellas esas novenas de los difuntos, pide limosnas para los pobres y necesitados y ayuda al que lo necesita, en todo eso está el arte por servir, como en esencia es y debe ser la política.

—¡Esperen, esperen!, antes de continuar relatando sobre todo lo que han aprendido, síganme por acá. Este camino está muy peligroso y traicionero —les dice en ese momento la mariposa.

Al escuchar la advertencia, Mincho y Botero se abrazan fuertemente en busca de un poco de consuelo, pero no pueden evitar estremecerse antes de continuar con la marcha.

Al cambiar el camino, Hefesto se percata de la presencia de un interruptor que debe mantenerse oprimido para abrir otra puerta de salida, la salida hacia la libertad. Sin embargo, por más que buscaron, no encontraron algo con qué mantenerlo presionado, por lo que sus esperanzas se agotaban aún más y la tristeza los ahogaba.

—¡Continúen, continúen, no paren de hablar, no caigan en la desesperanza, sean fuertes como el hierro, sean fuertes como lo hicieron para mostrarle a la sociedad lo que son: orgullosamente gays, diversos! —les dice con voz fuerte y llena de convicción la resiliente mariposa.

—¡No sean débiles, sean fuertes como la corriente de agua, esa que puede fracturar la más dura roca o buscar la salida más insospechada! ¡No decaigan, luchen! —continuó diciéndoles Hefesto.

En ese momento, el pánico se apodera de Mincho y comienza a llorar de pavor; Botero, igual de aterrizado, comienza a sentir un fuerte dolor de estómago. Aun así, recuperaron fuerzas para seguir adelante y, tomando en cuenta las palabras de aliento de Hefesto, retomaron su diálogo, mientras su pequeña amiga seguía planeando la estrategia para salir de ese espectacular lugar, aquel que en ese momento se había convertido en una pesadilla.

La admiración hacia Sardino era tan grande que Mincho continuó su narración, a pesar de que su voz aún estaba entrecortada.

Hemos aprendido, como el joyero que teje su fina filigrana y hace sarcillos de diamantes, collares de metal, aretes de oro hermosísimos y anillos de plata esplendidos, que dejan a todos con la boca abierta; así como de capullo a mariposa, así aprendió Esteban a crecer en su vida profesional, a dejar su huella en lo que hace, a ser abogado. Recuerdo cuando estuvo en la Personería municipal...

—Muy buen personero que fue —añade Botero—, «mi perso preferido», como le decimos.

Me gusta como se ve en sus manos el amor por el arte —prosiguió Mincho—, como ayuda con la decoración de la parroquia y hacen bellas obras con Eusebio; como se dedica con Estella Quintero al programa de Historia en la emisora que todos los martes sale al aire. Además, lo vemos bregando con los ancianos del asilo, recogiendo recursos o haciendo actividades para ellos, está donde se le necesita, corrige e instruye al que lo requiere; como mantiene su casa de hermosa, ¡ay!, ese amor por las antigüedades, tan bello mi gordito, ¡cómo es de especial!

—Sí, como decís vos, Mincho: «el pupilo de Gabriel García Márquez», porque fue quien ayudó a redactar esta novela y por su amor a las letras y a la escritura será recordado, además, porque aporta a la historia misma de nuestro colectivo LGBT.

Hemos aprendido, como el minero a cavar en la roca, a extraer el preciado metal de las entrañas de la tierra, como usa su almocafre para ir talando la banca y sacar junto con el agua e ir separando el barro, la peña y el oro; así como de capullo a mariposa, eso va aprendiendo Magola, a ir descifran-

do entre el laberinto de sus emociones sus proyectos de vida. Es el hijo querido de don Carlos Díaz y el nieto de Graciela Guarín. Cómo es de buen bailarín, cómo es de bella la Maggi, nuestra *amiguis*. Bella como lo es Dairon, quien con sus caderas encanta hasta la más dura serpiente, «rompe» cocos o sacude hasta el más tieso en las tablas de sus bailes, es colaborador, amigable y amable.

Como la tejedora en el hilar, así aprendió Álvaro a pulir las telas y a sacar muy buenos y finos trajes para que las personas del pueblo puedan adquirirlos y lucirlos, así como de capullo a mariposa, donde él, en su labor, teje toda la historia de las instituciones en las que ha trabajado; él es el cerebro del hospital, allí trabaja y desempeña sus labores en el archivo que guarda la memoria de la entidad, él maneja las tablas de retención documental y archivística, él sabe cómo y dónde se encuentra la información. Así, él teje verdaderas obras con las hojas de papel y la correspondencia que recibe y envía; además, con su vasto conocimiento en el tema de organismos, como las Juntas de Acción Comunal (JAC), hizo que muchas se unieran y siguieran funcionando. Alvarito, como le hemos dicho cariñosamente, poco a poco se ha ido mostrando en la comunidad, ya terminó su carrera, es Trabajador Social y es muy apreciado en nuestro querido municipio.

Hemos aprendido, como el artista, que coge su pincel y delinea su mejor esbozo para hacer el mejor de sus cuadros, así como usa el óleo sobre lienzo, la perspectiva y la entrada de luz y la magia con la sombra y el color al pintar; así como de capullo a mariposa, así lo hace Leticia, ella con sus manos, casi milagrosas, y con un carboncillo hace verdaderas obras; ella pinta, además, cuadros con acrílico, óleo, vinilo y lápiz, mejor dicho, lo que quieras. No se me olvida el cuadro que hizo del templo parroquial, ese que estuvo

por muchos años en la oficina de la Coordinación de Educación. Ella ya es una artista reconocida, ha hecho obras de arte con sus manos y, por eso, será recordada; además, ha dejado plasmado el sentir de una amiga más de nuestro colectivo, una que deja en alto los ideales de las lesbianas de nuestra comarca sanrafaelita. Ella, espectacular ser humano que elaboró la portada de este bello libro.

Y nosotros ni qué decir. Hemos aprendido, como el marroquinero a hacer con las pieles unas verdaderas y maravillosas piezas, a transformar esos cueros y sacar las correas, a tejer muebles y a elaborar zapatos, a pulir las chaquetas y a elaborar pantalones; así como de capullo a mariposa, así lo haces tú, Botero; todo lo que haces es muy bello; como monitor deportivo, lo haces muy bien, como maquillador eres exquisito, como peluquero, no hay duda, marica, lo haces muy bien. Tienes tu reconocimiento, así te ha visto este pueblo querido de San Rafael. También vas viendo en tu anhelo de ser concejal el arte de servir y de ser nuestra representación del colectivo. Así te vimos ese 27 de octubre de 2019, el concejal más votado.

Como la mejor de las madres, que ha aprendido a arrullar en sus camas a sus entrañables hijos, a asearlos, a darles comida cuchareada, a tener paciencia y, a la vez, a respirar pausadamente para no tirar la toalla; eso hemos aprendido, y eso has hecho tú con Benjamín y Lucila, tus padres — le dice Botero a Mincho—. Has limpiado sus orines y has maquillado con labial rosado a Lucila; así como de capullo a mariposa, así lo has hecho con tus padres, porque con tu abnegación y entrega, das también buen ejemplo, enseñas la mirada tierna de todo un pueblo que vuelve los ojos hacia ti y cada día pide al cielo que te bendiga. Aunque Bejancho está con el Creador, no se nos puede olvidar como lo llevabas a él y a tu madre a la misa de ocho todos los

domingos, como les servías de bastón, como sigues llevando a Lucila hasta la primera banca donde solía sentarse con tu padre y más tarde vuelves por ella, le das una vuelta por el parque, desayunan donde Picapiedra, saludan a los que pasan y luego se montan en el motocarro y la llevas de nuevo a tu hogar.

Todo un pueblo te reconoce, en ti se ve plasmada la máxima de nuestro colectivo: que los gais somos muy buenos hijos. Se te reconoce por tus ventas de deliciosas preparaciones que ya son famosas. Fuiste el heredero de muchas de las cosas de Sardino, tú mantuviste la danza en alto, espacios que por situaciones de la vida se cedieron a otros que fueron llegando. Eres muy buen tío, esos sobrinos te aman con el corazón y de eso somos testigos muchos de nosotros.

—¡Ay, tan querido!, pero sí, ellos fueron muy buenos padres conmigo, por eso les debo retribuir en algo todo lo que hicieron por mí.

Oíste, Botero, ¿te has puesto a pensar qué sería de Sardino si hoy día estuviera vivo?, ¿qué sería de él?

—Sí, claro. Yo creo que ya hubiera sido alcalde de nuestro pueblo o se hubiera devuelto para Camelias, lugar donde vivió cuando era niño. O habría construido su propia Sardibella o estaría de Secretario de Cultura del departamento.

—No sé, quizás estuviera loca nuestra amiga —dice Mincho mientras ríe a carcajadas—, porque cómo era de díscolo.

—¡Amiga!, cómo estábamos pasando de bueno antes de estos berracos temblores, brindando por nosotras mismas y por los recuerdos, porque pueden ayudar a liberar el alma, y, claro, por nuestro querido amigo Sardino. Ya llevamos encerradas en esta cueva dos días, tenemos hambre y sed, y no sé por qué, pero ayer volví a soñar con él. Lo vi nuevamente, muy real bailando sus fonomímicas como Paulina Rubio, parece como si hubiera venido a hacer esa presentación, la única que le faltó por hacer.

En ese momento, se tuvieron que estregar los ojos porque, al hablar de ese sueño, vieron cómo aparecía la figura de Sardino junto a ellos, producto de una colorida explosión de la mariposa. Para su sorpresa, ¡Hefesto era realmente Sardino reencarnado!

Después de un tiempo en silencio y estupefactos, les da un fuerte abrazo y con lágrimas en sus ojos, mientras los ayuda a levantarse, porque estaban acostados en el piso muy débiles, les dice que la elección está tomada, será él quien se quede en la cueva para mantener el botón presionado y así poder abrir la puerta de salida. Con llanto, Mincho y Botero le gritan que no, que podía regresar con ellos, que buscarían otra forma de mantener presionado el botón.

Quizás, todo lo que vemos con la mariposa es producto de alucinaciones por la inhalación de gases acumulados de heces de los murciélagos que hay en este punto del techo de la cueva. O quizás se deba al miedo exacerbado que sentimos desde el principio al ingresar a este lugar; sin embargo, siento que es tan real —le dice preocupado y agotado Mincho a Botero, al tratar de reflexionar sobre la situación.

De repente, la cueva tiembla nuevamente, los gritos de ellos se escuchan a larga distancia y Sardino los acosa y les grita:

—¡Váyanse ya!, los recuerdo con el alma, ya soy libre viéndolos libres a ustedes, como una mariposa.

En ese momento, su vestuario cambia repentinamente y empieza a bailar como Paulina Rubio, la imita, y ellos ríen mientras huyen, se envían besos y comprenden que todo fue un proceso necesario, como lo hace la mariposa al terminar su metamorfosis, al dejar su crisálida. Gracias, Sardino, por tus enseñanzas, vivirás en nuestras memorias por siempre.

Para no generar mayor incertidumbre, la cueva La Oscura a los días fue restaurada, era un lugar fuerte por naturaleza. Todos los que estaban allí salieron ilesos, ya que después de calmarse de ese último temblor, tan fuerte como nunca se había sentido, Mincho y Botero inmediatamente auxiliaron a las demás personas con la guía de Sardino. ¡Berracos que son!

Cuando todo acabó, Mincho y Botero regresaron a sus casas con un sinnúmero de reflexiones, mucho más sabios por la experiencia que habían tenido, tranquilos, liberados y en paz por haber vivido esta aventura inolvidable. Nunca supieron si realmente alucinaron con Sardino, pero viven agradecidos con él.

Con más claridad en el alma sobre el porqué de la muerte de Sardino, solo queda reflexionar sobre el colectivo, pues a pesar de que fue afectado con su muerte y la de otras de sus figuras representativas, ha venido sobreponiéndose a las adversidades de un país conflictivo y en el que una gran parte de la sociedad aún ejerce discriminación y violencia por prejuicio en contra de

las personas LGBT. Así como Hefesto, que al salir apresuradamente de su crisálida quedó con una cicatriz profunda en su ser, pero con las fuerzas suficientes para seguir luchando.

El conflicto armado los ha hecho cambiar, han tenido que enfrentarse a retos o a creencias internas, han perdido unas cosas pero han ganado otras, se han vuelto a unir con firmeza. Tienen intereses políticos para cambiar su historia y siguen con convicción de servir.

Hoy somos reconocidos como el segundo sujeto de reparación colectiva LGBT del mundo en el marco de la Ley 1448 de 2011, con lo cual, se espera que haya más visibilidad, empoderamiento y garantía de nuestros derechos. En definitiva, hemos evolucionado, metamorfosis en su máximo esplendor.

BIOGRAFÍAS

«Sardino» (Carlos Alberto Arboleda Garcés)

Brindada por su madre y hermana

Nacimiento

Nació el 22 de junio de 1963 en la vereda El Arenal de San Rafael (Antioquia), aunque por un error notarial le pusieron en su cédula de ciudadanía el 07 de agosto de 1963.

El parto fue atendido en la finca El Arenal por un señor que estaba haciendo panela en una ramada, don Kiko Ramírez, era partero.

Sardino era el segundo de cuatro hermanos hombres y una mujer: León Darío, Fredy Hernando, Jhon y Erika. En el momento, hay dos con vida: Erika y Jhon.

Cuando tenía un año de edad le dio raquitismo y, para curarlo, fue sumergido por una señora llamada Carmelita en el buche de una vaca en el matadero de San Rafael. El calor de la boñiga era la salvación. Cuando su madre lo bañaba, le pedía a Dios que sus hijos nunca murieran asesinados, pero el destino precisamente lo quiso así.

Él decía que el copete de su pelo era la escopeta. Cuando era pequeño, le decían «Calucho».

La homosexualidad en esa época era un pecado. Cuando Erika nació, a cada rato la desenvolvían para mirar si en verdad era una niña. Su madre acostumbraba a meterle un palo a un sapo en la boca para inflarlo y así poder tener una niña, era el agüero de ese entonces. Tiempo después quedó inflada su madre, precisamente de una niña. La envolvían en pañales de tela, herencia de sus otros hermanos, porque eran muy pobres.

Carlos fue muy respetuoso y solidario desde pequeño. A veces era muy rabioso, le disgustaban las injusticias. Compartía su comida con una vecina que no tenía alimentos para sus hijos, siempre fue muy caritativo.

Infancia

De niño, estando en los matorrales, le picó una avispa en el pipí; se le hinchó más porque, según narra su madre, uno no se puede mirar al espejo cuando es picado por una avispa y él se miraba mucho. Cuando la avispa lo picó, le echaron Mentolín, pero se le puso como un tomate chonto. Su mamá le decía que no se pusiera pantalones y a los tres días se le mermó la hinchazón. Él se acordaba de eso y se reía.

Su mamá se levantaba a despacharlos para la escuela, y Carlos con sus manitos delicadas recogía las hojas de plátano del cafetal y las amortiguaba en el rescoldo para empacar la comida y llevar los fiambres para el almuerzo.

Carlos era muy alegre, sociable, colaborador y divertido, por donde andaba recogía y llevaba florecitas para la casa, siempre lo hacía y las ponía en la

finca. Su profesora favorita se llamaba Belén Valencia. Estudió su primaria en la Escuela Rural El Arenal. Su mayor locura fue precisamente en esa escuela, pues, en ocasiones, se ponía espejos en los zapatos y los acercaba a la falda de la profesora para verle los calzones.

De niño, como parte de sus juegos, construía escenarios para hacer obras de teatro, canto y baile. Su micrófono lo hacía dañando la estera y en la punta le ponía un calabazo para asemejar la bocina.

Sembraba maticas con flores rojas en su casa, pero en una ocasión, según lo que narró su madre con profunda tristeza, su papá le cortó todo el jardín porque no necesitaba en casa un Jesús Yarce, personaje del pueblo que ayudaba en la decoración del templo. Ante su maltrato no se podía hacer nada, ya que él fue muy iracundo y a su familia le tocó guardar silencio por muchos años.

Su hermana Erika dice que era un enamorado de las niñas para ocultar su homosexualidad, por eso, lo llamaron Sardino.

Carlos y Fredy, otro hermano gay de este, cuidaban mucho a Erika. Carlos era muy trabajador y juicioso, su papá lo ponía a desmatonar el cafetal y lo hacía de una manera muy organizada. Desde siempre fue ordenado y exigente, era casi perfeccionista. Fue buen estudiante, pero no le gustaban las matemáticas; él se graduó de bachiller en la ciudad de Medellín.

Su primera novia fue Victoria Mazo, la tuvo cuando tenía unos 15 años. Los papás de ella hicieron que lo dejara por ser pobre y porque, además, le notaban muchos amaneramientos. Lo paradójico es que todos los que lo rechazaban ahora tienen hijos gays o lesbianas.

Luego, inició una relación con Mirian Gil, a quien le regaló una pulsera y una cadena en sus quince. El suegro, Kiko Gil, tampoco lo quería, pero no se sabe por qué.

En la escuela El Arenal, la profesora aprovechaba su talento y capacidad para las actividades culturales y lo ponía a dramatizar, a bailar y a cantar constantemente. Y como muchos de los estudiantes iban descalzos a la escuela, él se amarraba tapas en los pies para que sonaran cuando se presentaba.

Cuando Carlos era un adolescente —tenía unos trece años—, sus padres, Héctor Arboleda y Lilia Garcés, sus hermanos y él se fueron a vivir al pueblo. Luego, compraron la casa con el producto de la venta de unas reses que tenían, esa misma que aún tienen y que fue testigo de los muchos sucesos que vivió Carlos.

Su padre le llevaba instrumentos musicales, pues alimentaba la esperanza de que algún día fuera un artista.

Carlos ayudaba mucho en la cocina, en la casa, con los quehaceres del hogar, le incomodaba el desorden.

En la vereda Santa Cruz de San Rafael a Carlos lo llamaban el niño de Dios, porque compraba ropa y se la llevaba a los pobres y le gustaba hacerse amigo de ricos para sacarles cosas y luego dárselas a los más necesitados.

A la edad de 17 años se empezó a relacionar con Burro y Jhon Botero, lo cual, impacientaba y contrariaba a su mamá, no gustaba de esa amistad, porque el tema moral de la época era fuerte y la homosexualidad era un tabú, un escándalo; por eso, Sardino se fue a Medellín a sus 19 años.

Cuando se iba para el río con alguien, su madre le echaba a su hermana Erika para que lo vigilara y le contara si tenía manifestaciones homosexuales. Algunas personas a veces le gritaban: «Marica». En las fiestas del municipio siempre cantaba La Palma, le gustaba mucho cantar ese disco.

Carlos tenía trofeos por participar en eventos de canto, ponía a su hermana a sacudirlos, pero a él le daba mucha rabia cuando no lo hacía bien. Elaboraba adornos para la Alcaldía con matas secas. La biblioteca de la casa era divina, pues se fue para el monte, recogió tablas y lazos y la adornó. La casa de San Rafael la mantenía muy bonita, pero por el desorden de su familia, alquiló un apartamento para él y lo mantenía como una tacita. Era muy buen hijo, a sus padres no les faltaba con la carne para la semana, los sábados había que hacerle sopa de riñón y huesos de res, le gustaba mucho el arroz con leche. Él amaba mucho a su madre, siempre la halagaba; y admiraba mucho a su padre, quien, finalmente, fue un alcahuete con él.

Después de estar en Medellín, Carlos empezó a vestir más bonito, tuvo su primer novio —se llamaba Junior— y fue allá en donde logró avanzar más en su identidad sexual. Si le decían que hablara como un hombre lo hacía y cuando lo hacía como mujer, también era impresionante.

Doña Nidya Mejía fue una alcaldesa de San Rafael que lo apoyó y siempre creyó en él. Carlos hacía actividades culturales en el municipio de forma constante y recreaba a los niños en cualquier vereda, le pagaban con plátano y yuca. Ella fue la primera persona que lo vinculó al municipio y le pagó un sueldo.

Le gustaban sobremanera los reinados. En uno de esos reinados, Isaías Marín Quintana conoció a María Guarín, su actual esposa, quien participó

como Señorita Camas (una vereda del municipio), y, por eso, Isaías vivía muy agradecido con Carlos.

La mayoría de los policías querían mucho a Carlos. En la comunidad decían que querían lanzarlo a la alcaldía, pero su madre le rogaba que no lo hiciera.

Él se juntaba con los bachilleres en Semana Santa para hacer camillas de guadua e ir hasta las veredas para traer a los enfermos a misa de sanación en el pueblo; él los atendía, les conseguía medicamentos, transporte y alimentación, y hasta mercado les echaba para la finca de regreso.

Tuvo peleas de tacones con Fabio, en una ocasión por hombres. A él le gustaba tomar licor y, a veces, se quedaba dormido en sus festejos.

Diversidad de género: ¿cómo fue la transformación?

Desde chiquito sus demás hermanos comenzaron a rechazarlo porque sus tías les dijeron que era gay. A muy corta edad, ya se le veía su expresión de género más delicada, pero siempre vestía de hombre por el tabú de la época. Le pusieron Sardino porque buscaba muchachas, pero en el fondo era para mirar muchachos, pues las creencias de ese entonces lo obligaban a esconder su orientación sexual.

Todos los 31 de diciembre, desde sus 19 años, usó tacones; esa fue la primera señal en público de su orientación sexual y expresión de género. Ya su padre ni lo criticaba, todo lo contrario, lo aceptaba, pero su madre sí se ponía muy mal. Cuando asesinaron a León Darío, su hermano mayor, Sardino estaba haciendo un evento transvestida de mujer con tacones.

Cuenta su madre que cierto día una profesora le preguntó a Carlos si era gay, él se achantó mucho y se fue del lugar. Desde eso, su madre comprendió que debía apoyarlo y animarlo, para que no se dejara amedrentar por nada ni nadie y para que siguiera siempre adelante. También entendió que a él le gustaba andar con mujeres bonitas para poder levantar hombres.

Muerte

Fue asesinado junto con su amigo Jairo Eusse Hoyos. Inicialmente, fueron golpeados brutalmente y, cuando iban en la ambulancia pasando por Guatapé, los bajaron y varios hombres les dispararon hasta dejarlos sin vida. Sin embargo, dice su hermana, que los hechos no se han esclarecido y que hay varias versiones de las razones de su asesinato.

Días antes de ser asesinado, Erika lo veía muy triste. Su sonrisa fue apagada el 11 de diciembre del año 2000, y dos días después, el 13 de diciembre, asesinaron a Fredy Hernando, su hermano.

Germán Esteban Gómez Velásquez

Nació el 7 de agosto de 1984 en San Rafael. Es hijo de Germán de Jesús y Rubiela Margarita, su única hermana se llama Nancy.

Estudió su primaria en la Escuela Urbana de Varones José María Córdoba y se graduó de 5.º en el año de 1995. Cuenta su maestra, Leonisa Giraldo de Palacios, que era *ponequejas* desde muy niño, pues a pesar de que era muy buen estudiante, ponía quejas cada media hora.

Como todos sus amigos gays, sufrió lo indecible por el *bullying* de sus compañeros, pues no faltaron las expresiones de Xuxa, loca y marica; y lo poco que su madre le echaba para la escuela, se lo robaban sus compañeros. No obstante, aprendió a superar todas esas dificultades.

Se graduó de bachillerato en el año 2001, en la Especialidad de Comercio, gracias a lo cual pudo desempeñarse como gerente de la Empresa Comercial Didáctica del Liceo San Rafael. Allí aprendió técnicas de oficina y a diligenciar toda clase de títulos valores, que lo ayudaron luego en su profesión.

Estudió tres años de Filosofía en el Seminario Diocesano Nuestra Señora de Marinilla, donde aprendió la labor de la oratoria, de la redacción e incluso técnicas para estudiar y practicar la disciplina.

Vivió por espacio de nueve años en el Chocó, donde fue tendero en un negocio de abarrotos, mientras comenzó su carrera de Derecho. Recibió su título de abogado el 21 de septiembre de 2012 de la Universidad Tecnológica del Chocó.

Regresó a su pueblo natal en marzo de 2013 y estuvo litigando hasta mayo de 2014, cuando se posesionó como Personero municipal de San Rafael, cargo en el que permaneció hasta febrero de 2016. Desde entonces, alternó el litigio con un proyecto que desarrolló con la Corporación Prodepaz en los municipios de San Luis y San Carlos, el cual consistía en la implementación de los sistemas locales de justicia en dichos territorios. A principios del año 2020, fue elegido como Secretario de Gobierno del municipio de San Rafael.

También ayuda en la decoración del templo y hace con doña Estella Quintero un programa de historia local en la emisora Turística Estéreo de la localidad.

Actualmente, vive con sus padres en su casa de familia en el barrio El Distrito y convive con su hermana y sobrina Samanta, a quien le profesa un amor inconmensurable.

«Mincho» (Benjamín Antonio Morales Morales)

Le gusta que lo llamen Mincho. A los siete años de edad vivía en la zona de tolerancia del municipio de San Rafael, Antioquia. Procede de una familia humilde, no contaban con televisor y les tocaba pagarle a una vecina para poder ver el Chavo del Ocho y Superman. Hijo de Benjamín Morales Daza y Lucilla Morales.

Le tocó ver la vida de las chicas trabajadoras sexuales del municipio. Luego de vivir en ese contexto, se fueron a vivir a la vereda Balsas de San Rafael, allí empezó a sentir el gusto por un chico que vivía allá, contaba tan solo con 10 años de edad. Todos sus hermanos trabajaban en la finca, su papá y su mamá no lo dejaban trabajar porque era el mimado de la casa, solo ayudaba con los quehaceres del hogar. Le decían la reina de Balsas, por lo delicado.

Se desplazaba desde Balsas al pueblo a estudiar porque la escuela de la vereda en ese entonces era de bahareque y paja y no tenía mucho para ofrecer. Mincho y su grupo de amigos, alrededor de 15 muchachos de bajos recursos igual que él, caminaban descalzos porque no tenían los medios necesarios para comprar zapatos.

Le gustaba estar más con niñas que con niños, pero para hablar de los niños lindos. Desde eso empezó a sufrir *bullying* porque le decían marica y amanerado, pero un chico le daba moral diciéndole que les tapara la boca con lo que mejor sabía hacer: jugar baloncesto descalzo.

En quinto de primaria, una profesora lo sacó al sol y le dio con una regla en la mano porque no quiso bailar danza folclórica colombiana. Desde eso,

bailar ese tipo de música por donde más pudiera se le convirtió en un reto personal.

Cuando ingresó al colegio, hizo audición para el primer grupo de danzas de la institución educativa; se presentaron más de 40 parejas, quedaron ocho y empezaron los montajes de danza popular colombiana. Después de que desapareció el grupo de la institución, se conoció con Carlos Arboleda «Sardino», quien tenía un grupo de danzas. Mincho quería ingresar al grupo, pero su papá y sus hermanos no lo dejaron porque consideraban que él lo podía volver marica; sin embargo, desde ese momento comenzó su vida nocturna de baile, maquillaje y transformaciones.

En 1982 llegaron a vivir al barrio El Tejar, donde actualmente reside con sus padres. Estudiaba al frente, en la Escuela Urbana de Varones José María Córdoba, donde muchos lo jodían por su aspecto de niño delicado, tanto así que su primer apodo fue Susy y esto le parecía un insulto.

Sus amigas y amigos, algunos más grandes que él, también le decían Margarita Rosa de Francisco «La Mencha», seudónimo que nació de su fascinación por andar en la calle libremente.

En el año de 1987 entró al IDEM San Rafael. Como era tan tímido, le preocupaba cómo lo recibirían por su aspecto afeminado y, claro, llegaron los apodos: Susy, loca, marica, volteada, etc.; no obstante, siempre se salió por la tangente mostrando la parte positiva de él: el baile. Al ingresar al grupo de danzas del colegio lo fueron reconociendo por su estilo de bailar, pues siempre le ponía su marca. Así, duró más o menos dos años, hasta que lo retiraron del colegio porque se reveló y quería ir como se le diera la gana, hasta con

uñas pintadas de rojo y cabello largo; se peinaba con una cola alta, en forma de protesta, para decir que era así y que no lo importaba si alguien lo quería rechazar más.

Para el año de 1989 se conoció con Sardino, pero sus hermanos no lo dejaban hablar con él y lo sacaban de las tabernas donde él estuviera haciendo sus presentaciones con el grupo de baile para que no se volviera marica; entonces, de rebelde, empezó a salir con Cololo, Botero, Burro, Chimilo, la Jovana y otras más, aunque seguía con las ganas de entrar al grupo de baile que tenía Sardino.

Cuando consiguió entrar al grupo, se sintió libre. Hacían recorridos por las calles para que los conocieran, salían con instrumentos musicales prestados de la casa de la cultura para recoger fondos y así poder adquirir vestuario y maquillaje, pero los comerciantes eran muy grotescos y les gritaban que las maricas no deberían existir.

En una tarde de chocolate y mecatos de panadería, se reunieron para decidir cómo se llamaría el grupo de danzas. Luego de varias opciones, decidieron ponerle Matecaña, un nombre con el que comenzaron a ser reconocidos en el municipio. Para recoger recursos, llevaron a cabo festivales de la canción, concursos de baile y de fonomímica. Con el dinero recaudado, Sardino empezó a conseguir telas e instrumentos para conformar una agrupación folclórica. Cuando no había recursos, recurrían al comercio para que les dieran costales y pacas de papel donde ellos envolvían la panela y con esos materiales, que hacían las veces de tela, elaboraban los vestuarios de presentaciones futuras. También, recurrían a la naturaleza, pues recolectaban y usaban flores de caña brava, totumos y hojas de iraca.

La primera presentación fue en una base militar. Allí, sin haber comenzado la función, fueron víctimas de discriminación. De allí, nació la homofobia hacia el colectivo, ya que cada vez que el comandante llegaba al pueblo buscaba la manera de molestarlos porque, según él, no debían existir, por eso los metía al calabozo, solo por ser maricas, y así se los gritaba ese comandante del Ejército.

Cuando se dieron a conocer con el grupo de danzas Matecaña en los festivales de fonomímica y de la canción y el baile, la comunidad empezó a reconocerlos y a verlos de otra forma; por eso, comenzaron a contratarlos para las presentaciones y los eventos en sus negocios.

Trabajó durante 16 años en la casa de la cultura del municipio. También se ha dedicado a las ventas por catálogo, algo que le gusta hacer, y a la venta de tortas, postres, lasañas y ceviche de camarones. Las ganancias de sus ventas son con las que se sostiene económicamente.

«Botero» (John Jairo Botero Pérez)

Nació el 08 de noviembre de 1962 en el municipio de El Darién (Valle del Cauca), en un hogar conformado por José Leví Botero y Amada Pérez de Botero. Fue el penúltimo de siete hermanos.

Su familia llegó a San Rafael a raíz de la construcción de las hidroeléctricas, pues su padre empezó a laborar con la Empresa Impregilo, hacia 1965.

Estudió la primaria en la Escuela Urbana de Varones José María Córdoba y el bachillerato en el IDEM San Rafael. Su relación con Sardino, en un principio, fue de enemistad, pues él le gritaba «niña» cada vez que lo veía; sin embargo, luego fueron muy buenos amigos. Sardino y él fueron muy unidos, junto con Silia Pino, Caridad Mazo, Patricia Gómez y Ángela Amaya. Durante muchos años, este grupo de amigos fue el terror de la institución, hasta que en 1987 Botero fue expulsado. No obstante, terminó su secundaria en el año 2000, en la modalidad nocturna.

En el año de 1989, murió su madre. A partir de ese momento, él y sus hermanos se fueron a vivir a Medellín con su padre. Un tiempo después, regresó a San Rafael a vivir en la casa de Sardino y fue cuando les picó el bicho de la cultura y el teatro, pues empezaron a organizar desfiles de modas, fiestas de los años 60 y festivales de la canción. Ayudó, también, a construir el sueño de Sardino de tener las Fiestas del Río.

Entre los dos diseñaban modas y dirigían teatro. Surgió, entonces, la necesidad de tener un espacio exclusivo para todos estos eventos; por eso,

Sardino fue llevado a trabajar a la Alcaldía, desde donde fomentó mucho la danza y los bailes y donde comenzó a propagar el amor por la cultura. Ellos maquillaban y, al mismo tiempo, eran bailarines; Sardino dirigía el grupo de danzas y luego empezaron a incursionar en las obras sociales, en los reinados y en los diferentes espectáculos que se hacían en el municipio.

Así mismo, estuvo vinculado a la Secretaría de Cultura, Deporte y Recreación como monitor deportivo del área de baloncesto; luego, fue director de actividad física. Trabajó en la administración municipal por 16 años.

Vivió en Mitú desde el 2016 hasta el 27 de julio de 2019, año en el que regresó a San Rafael para incursionar en la política del municipio.

«Cololo» (Conrado de Jesús Giraldo)

Nació en San Rafael (Antioquia) el 05 de noviembre de 1964. Fue el menor de cinco hermanos e hijo de madre soltera: Lía Margarita Giraldo. Nunca supo quién fue su padre y nunca le interesó saberlo. Su niñez la vivió en San Rafael, estudió la primaria en la Escuela Urbana de Varones José María Córdoba y, en el IDEM, terminó el bachillerato en la nocturna.

Desde pequeño conoció a Sardino y lo visitaba donde él viviera. Sardino le enseñó a ser echado para adelante y a estar orgulloso de su identidad sexual.

Cololo era muy activo, pues ayudaba en la logística de las actividades culturales y hacía mandados. Empezó a trabajar en la peluquería desde los 17 o 18 años; además, desde siempre le ha gustado mucho hacer comidas para fiestas, actividad que le ha generado los ingresos con los que se sostiene actualmente.

Toda la vida jugó con las niñas a las mamacitas, comiditas, hacía festivales y reinados con ellas. Cuando veía a los niños lindos, era «matado» jugando con ellos y le gustaba liderar el juego, ya que era el más grande.

A los 17 años, un señor que estaba enamorado de él lo llevó a su apartamento al ver que se había quedado fuera de su casa. Temblando de susto, Cololo entró, pero inmediatamente el señor le puso seguro a la puerta y, amenazándolo con una navaja, le dijo: «De aquí no sales ni muerta». No le quedó más remedio que relajarse, ese sujeto prácticamente lo violó. Cololo estaba lleno de terror y miedo, fue un evento que marcó su vida. Después, nunca más volvió a ver a ese hombre.

A los 19 años se fue a vivir a Medellín y cada fin de semana regresaba a San Rafael. Un día llegó enguayabado a la casa y los hermanos se sentaron a hablar con él en la sala y le preguntaron que por qué se la pasaba con todos los maricas de San Rafael, entonces, les respondió que él era del mismo combo. Sus hermanos fueron comprensivos, pues le dijeron que iban a respetar su inclinación, pero que debía respetar la casa. Nunca más le dijeron nada, ellos siempre lo han apoyado, del mismo modo que lo hizo su mamá; incluso, ella le ayudaba cuando llegaba enguayabado y les decía a sus hermanos que no lo pusieran a trabajar, pues tenía muy buena relación con ella. Cololo fue muy buen hijo y la cuidó con esmero hasta su muerte.

Vivió por espacio de nueve años en Medellín; luego regresó a la casa que era de su propiedad en San Rafael. Allí instaló su propio salón de belleza en la sala de la casa, actividad que ejerció por alrededor de quince años. Posteriormente, comenzó a trabajar con una sobrina en un kiosco en guadua, en donde actualmente se ocupa de viernes a domingo y, además, cuida a su sobrino.

Es una persona extrovertida, se siente querido y aceptado por toda la gente del pueblo, trabaja a diario, es solidario con quienes lo necesitan, se siente orgulloso de ser homosexual y es alegre.

Era muy obeso, llegó a pesar 120 kilos hace 6 años y fue necesario que le realizaran el *bypass* gástrico. Luego de esa intervención quedó muy feo porque no era sino cabeza, parecía los muñecos de Yupi; por eso, llegó a donde su mamá para que le diera sus caldos y empezó nuevamente a ganar peso.

Para el año 1994, fue víctima de una bala perdida. Estaba rumbeando en el parque con la Yona, su prima Marisol y Marina, una amiga a la que le decían

«La Negra». La fiesta se acabó a eso de la 1:00 a. m., se dirigieron a la esquina de la Alcaldía, donde había un hombre pegándole a su mujer. En el combo que iba para el apartamento, venían dos soldados de civil, uno de ellos cogió al tipo y lo aporreó horriblemente. Cuando el señor se paró del piso, ahí mismo su pareja lo abrazó y se fueron para la casa. Una cuadra más adelante, los estaba esperando el esposo de la muchacha y su padre, pero estaban disfrazados con poncho y gorra; sin embargo, Cololo y sus amigos no les prestaron mayor atención y siguieron su camino. Cololo se iba a entrar para su casa, pero los otros le rogaron que continuara con ellos hasta un apartamento más debajo de su casa. A los 5 minutos de estar allí, llegaron los dos hombres y empezaron a darles bala; en ese momento, a Cololo le dieron un tiro en la parte derecha de la cadera, por lo que fue remitido al Hospital de Rionegro, institución en donde le brindaron la atención médica que requería.

«Burro» (José Rigoberto Giraldo Urrea)

Nació el 05 de mayo de 1965 en San Rafael. Fue el último de nueve hermanos. Su madre, una mujer humilde, trabajadora y muy católica; su padre, un campesino muy trabajador.

Desde edad muy temprana se fue a estudiar al área urbana con sus hermanos mayores. Un vecino, al ver que era un niño inquieto y trabajador, lo acogió en su casa y le daba la alimentación, él a cambio ayudaba con las labores de la casa. Allí vivió durante el tiempo que estudió la primaria en la escuela José María Córdoba.

Hizo hasta segundo de bachillerato en el IDEM San Rafael, no continuó estudiando por motivos de trabajo, pues era imprescindible ayudar económicamente a su familia.

En esa época de estudio, empezó la vida de calle y a trabajar en una discoteca, iniciando con ello una vida de rumba, sexo, trasnocho y vicio. Así fue como se liberó y pudo expresarse como gay. Para la mayoría de la gente de San Rafael eso era un escándalo porque, a pesar de que había más gays, él era el único que se vestía con cacheteros y ombliguera. En esa época, tener esas tendencias era una falta de respeto y, pese a que le gritaban loca, maricon, *sosó*, entre otras muchas cosas, más meneaba sus caderas por las calles del municipio, pues fue uno de los primeros gays que se vistió de mujer públicamente. A partir de ese momento, otros gays, entre ellos, Sardino, Botero, Chimilo y Mincho, salieron del clóset.

Para el año 1999, se incorporó al grupo de danzas del municipio y, con su gran capacidad para bailar y su personalidad extrovertida y alegre, apoyó el liderazgo de Sardino.

Así mismo, participó en diferentes festivales, obras sociales y en grandes eventos a nivel municipal, regional y nacional. Una de sus mejores experiencias fue asistir al Concurso Nacional de Belleza en Cartagena. Allá, gracias a su forma de ser y de vestir, representantes de la Fábrica de Licores de Antioquia y de Benedan —Lotería de Medellín— se fijaron en él y en el grupo de danzas, y les dieron un contrato para promocionar estas marcas; con ello, pudieron tener una mejor estadía en la ciudad.

Su vida siempre fue muy precoz, inició a trabajar desde los 14 años en una discoteca y desde los 16 años como peluquero. Lo más importante era que desde temprana edad se diferenciaba por su forma de ser y de expresar su identidad sexual. Esto, sin embargo, lo expuso más durante la época en que los paramilitares hicieron presencia en el municipio, pues fue víctima de muchas intimidaciones y, en varias ocasiones, fue obligado por los integrantes de dicho grupo a motilarlos gratis en su peluquería.

Ahora se considera un sobreviviente, feliz de ser quien es y con muchas historias de vida para contar a las nuevas generaciones. Está feliz con su famosa peluquería en el pueblo, llamada Jhonbu.

«Maggi» o «Magola» (Diego Fernando Díaz Buriticá)

Nació el 22 de febrero de 1988 en San Rafael, Antioquia. Hijo de Carlos Enrique Díaz Guarín y Nubia Buriticá Ciro. Es el quinto hijo de ocho hermanos. Su primaria la hizo en la Escuela Urbana de Varones José María Córdoba y la secundaria en la Institución Educativa San Rafael, de donde se graduó como medio técnico en agropecuaria.

Es técnico electricista del SENA y técnico esteticista de la Escuela de Fanny. Además, hizo estudios con la estilista Gloria Gallo, y de ahí su amor por el cabello, por aprender a tinturarlo y a realizar diferentes cortes y cepillados; asimismo, conoce mucho de belleza corporal.

Ha sido muy histriónico, muy popular, ha estado en grupos de danza de baile y desde allí aprendió a liberarse mucho más, a salir del clóset como se dice.

Estuvo en el semillero Matecaña con Carlos Arboleda «Sardino» y allí aprendió sobre la danza. Luego se vinculó con el grupo de Julio César Gutiérrez Rengifo, quien fue el instructor de danzas del municipio de San Rafael.

Desde pequeño jugaba con tintes y peinaba muñecas, por eso, nació su amor por el arte del esteticismo, oficio que hoy desempeña y lo hace muy feliz.

Dairon Puerta Fernández

Nació el 26 de enero de 1996 en la vereda El Brasil del municipio de San Rafael (Antioquia). Sus padres son Bertha Oliva Fernández Daza y Aníbal Puerta Cuervo.

Su abuela, Graciela Daza, fue la partera de todos sus hermanos, él es el octavo de nueve hermanos y es considerado el niño de la familia.

Al el mes de nacido, su madre se desplazó forzosamente hacia el casco urbano del municipio de San Rafael por la violencia que se vivía en la vereda. Creció en el barrio Guayabal, estuvo en el jardín infantil con la profesora Marina, a quien recuerda mucho. A los cinco años, yendo hacia la vereda El Brasil, donde hizo parte de sus estudios de primaria, tuvo un accidente en el que se fracturó su mano y se aporreó los labios.

A sus ocho años de edad comenzó su pasión por el baile, gracias al apoyo de Leonardo Ríos, director del grupo Matecaña de la Casa de la Cultura del municipio de San Rafael.

También, hizo parte del grupo de baile de Los Arrieros que conformó el director Julio César Gutiérrez. Estuvo bailando con la Corporación Matices e hizo parte de la Academia Ballet Folclórico Bochica del municipio de Envigado, en el año 2017.

A finales del año 2018, bailó en el desfile de Mitos y Leyendas con la Corporación Pasión en Movimiento del barrio Castilla, en Medellín (Antioquia). Con ellos permaneció hasta el mes de julio del año 2019.

En enero de 2019, comenzó a trabajar en el Club Barbacoas de la ciudad de Medellín y allí conoció a José Barrientos, su actual pareja sentimental.

Leticia Amparo Buriticá

Es hija de María Virgelina Buriticá, sus hermanos son: Fabián de Jesús Buriticá, Wilson Nicolás Buriticá y Gustavo Osorio.

Nació en San Rafael (Antioquia) e hizo sus estudios en este municipio. Debido a la violencia, se tuvo que ir desplazada forzosamente hacia Medellín, ciudad en la que se dedicó al arte y a pintar por su propia cuenta. Ella aprendió empíricamente y practicando incansablemente desarrolló una técnica de dibujo que ha gustado mucho. Continuamente, se cuestiona sobre el qué seguirá en su vida, pero manifiesta con firmeza que simplemente hay que continuarla, hay que seguir adelante.

ILUSTRACIONES



Ilustración 4. Sardino vestido de Caponera



Ilustración 5. Sardino vestido de Caponera 2



Ilustración 6. Sardino imitando a la cantante Celia Cruz



Ilustración 7. Sardino vestido con traje de baño de mujer para disfrutar con Botero de las aguas de El Bizcocho, en San Rafael (Antioquia)

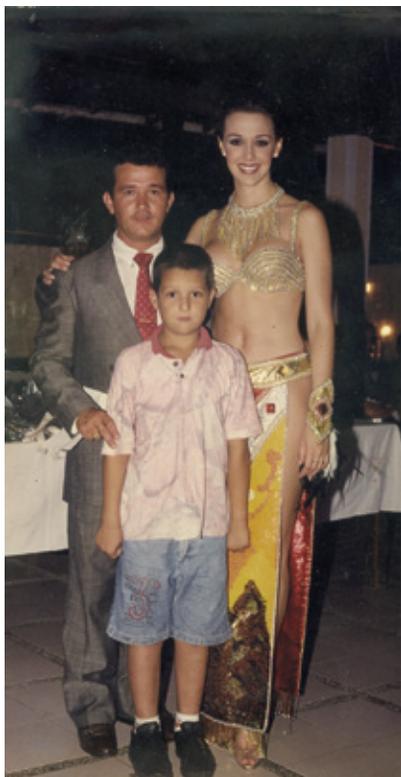


Ilustración 8. Sardino con Claudia Elena Vásquez en las Fiestas del Río, San Rafael (Antioquia)



Ilustración 9. Sardino en Cartagena en el año 2000 con Catalina Acosta, Señorita Colombia, cuando le entregó la corona a Andrea Noceti

Ilustración 10. Sardino con Raimundo Angulo en el Concurso Nacional de Belleza en Cartagena



Ilustración 11. Sardino colaborando a la comunidad en un mejoramiento de vivienda a pesar de tener una pierna fracturada





Ilustración 12. Sardino vestido de colegiala en una vereda de San Rafael (Antioquia)



Ilustración 13. Sardino cuando era niño



Ilustración 14. Sardino llevando a los enfermos a misa de Semana Santa en San Rafael (Antioquia)



Ilustración 15. Mincho disfrutando su rímel

Ilustración 17. Mural con tapas de gaseosa en San Rafael (Antioquia) realizado por Leticia Amparo Buriticá



Ilustración 16. Sardino guiando su grupo de danza municipal en un concurso regional de belleza

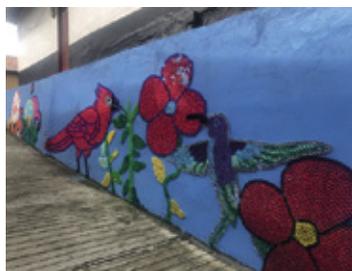


Ilustración 18. Parte del colectivo LGBT Crisálida, en San Rafael (Antioquia)

GLOSARIO

agapita. Campana donada por el señor Agapito Morales a la iglesia del municipio de San Rafael. Lleva su nombre en agradecimiento.

amiguis. Hace alusión a la palabra amistad.

arrevolverada. Temperamento fuerte.

Benjacho. Apodo dado al padre de Mincho.

biao. Término usado para referirse a la hoja de bijao.

Botero. Apellido de John Jairo Botero Pérez, integrante del colectivo LGBT de San Rafael.

Burro. Apodo dado a José Rigoberto Giraldo Urrea, integrante del colectivo LGBT de San Rafael.

Chimilo. Apodo dado a Luis Emilio Agudelo Quintana, integrante del colectivo LGBT de San Rafael.

Choibo. Apodo dado a Fredy Hernando Arboleda Garcés, hermano de Carlos Alberto Arboleda Garcés (Sardino), integrante del colectivo LGBT de San Rafael.

Cololo. Apodo dado a Conrado de Jesús Giraldo, integrante del colectivo LGBT de San Rafael.

empanadas de tacón alto. Empanadas muy bien guisadas con carne incluida que no son solamente de papa

Jovana. Apodo dado a Jhon Jairo Buitrago Morales, sobrina de Mincho, integrante del colectivo LGBT de San Rafael.

La Coroza. Apodo dado a José Ernesto Aguirre, integrante del colectivo LGBT de San Rafael. Fallecido (Q. E. P. D.).

LGBT. Lesbianas, gays, bisexuales y transgénero.

Maggi o Magola. Apodo dado a Diego Fernando Díaz Buriticá, integrante del colectivo LGBT de San Rafael.

marca Gato. Prendas de vestir baratas o en promoción.

Mentolín. Marca de un producto derivado del Vick VapoRub.

Mincho. Apodo dado a Benjamín Antonio Morales Morales, integrante del colectivo LGBT de San Rafael.

organal. Conjunto de rocas del lecho de una quebrada o río que han sido destapadas y pulidas por la corriente.

Pachoheladas. Apodo dado a la familia Giraldo Aguilar del municipio de San Rafael.

pata quebrada. Hace referencia a pierna fracturada.

Picapiedra. Apodo dado al hermano de Mincho, Carlos Alberto Morales Morales.

resiliencia. Garmezy, 1991, (citado por Becoña, 2006), la define como «la capacidad para recuperarse y mantener una conducta adaptativa después del abandono o la incapacidad inicial al iniciarse un evento estresante» (p. 459).

revulú. Jolgorio, alboroto, fiesta.

rímel. Término derivado de la marca Rimmel. Hace referencia a una máscara de pestañas. Es un cosmético usado para oscurecer, espesar, curvar y definir las pestañas.

rueda de Pelton. Rueda de propulsión hídrica para moler caña.

Sardibella. Finca que le prestaron a Sardino para que viviera. Está ubicada en la vereda El Arenal, en el paraje Pénjamo del municipio de San Rafael. Lugar de reuniones del colectivo LGBT.

Sardino. Apodo dado Carlos Alberto Arboleda Garcés, integrante del colectivo LGBT de San Rafael y protagonista principal de esta novela. Fallecido (Q. E. P. D.).

Sardis. Grupo de recreación fundado por Sardino.

tintear. Acción de tomar tinto.

trepar. Entaconarse o vestirse de mujer.

Triguisar. Condimento para sazonar los alimentos.

tuquear. Acción exacerbada de algo, en este caso de publicidad en Cartagena con ocasión de los eventos sociales del colectivo LGBT de San Rafael.

Zarabanda. Casa bar que se utilizaba como motel o centro de prostitución en el municipio de San Rafael.

REFERENCIAS

Becoña Iglesias, E. (2006). Resiliencia: definición, características y utilidad del concepto. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 11 (3), 125-146. Consultado el 28 de agosto de 2018 de <https://doi.org/10.5944/rppc.vol.11.num.3.2006.4024>

Cómo las mariposas cambian el color de sus alas para sobrevivir (16 de agosto de 2011). Definición de mariposa de la Amazonia, *Heliconius numata*. *BBC Mundo*. Consultado el 12 de agosto de 2019 en https://www.bbc.com/mundo/noticias/2011/08/110816_mariposa_mimetismo_am

San Rafael (Antioquia). En *Wikipedia*. La enciclopedia libre. Consulta realizada el 11 de diciembre de 2019 en [https://es.wikipedia.org/wiki/San_Rafael_\(Antioquia\)](https://es.wikipedia.org/wiki/San_Rafael_(Antioquia))

Tubau, Daniel. (04 de junio de 2009). *Dioses discapacitados: los herreros divinos*. Definición de Hefesto. Consultado el 12 de agosto de 2019 en <https://mitologiacomparada.wordpress.com/2009/06/04/dioses-discapitados-los-hereros-divinos/>

Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas (UARIV). *Registro Único de Víctimas con corte al 01/11/2019*. <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/registro-unico-de-victimas-ruv/37394>

ISBN: 978-958-5117-26-6

